

memorias nómadas



Dolor y resistencia
en el Sáhara Occidental

Carlos Martín Beristain

Alonso Gil

Federico Guzmán

Carlos Martín Beristain es médico y doctor en psicología social. Trabaja desde hace 25 años en América Latina y Euskadi con víctimas de la violencia y organizaciones de derechos humanos. Fue coordinador del informe *Guatemala Nunca Más*, y asesor de varias Comisiones de la Verdad. Participa en distintos proyectos de investigación y es docente en varios másteres sobre Cooperación y Ayuda Humanitaria de la UPV/EHU y de la Universidad de Deusto. Ha realizado varios peritajes para la Corte Interamericana de Derechos Humanos y ha sido consultor de la Corte Penal Internacional en varios países de África. Autor de *El Oasis de la Memoria* y, entre otros libros, de *Historias de Andares*.

Alonso Gil, nacido en Badajoz, actualmente vive y trabaja en Sevilla. Entre sus exposiciones y proyectos individuales destacan *Día a Día* (Galería Formato Cómodo, Madrid 2012); *Cantando mi malespanto* (CAAC Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, Sevilla 2011) o *Los abandonados* (Off Photoespaña 09, Madrid 2009). Ha expuesto en Berlín, Barcelona, Milán, Londres y México DF. Ha realizado producciones en vídeo, trabajos en el espacio público y publicaciones. Participa en *ARTifariti* desde 2008 con *¡A pintarropa!* y fue co-comisario de los Encuentros en el año 2010.

Federico Guzmán, nacido en Sevilla, es artesano de las imágenes y explorador de la creatividad. Siempre ha cultivado un interés por el arte como herramienta de conocimiento y encuentro entre las personas. Algunos de sus proyectos individuales recientes son *La enredadera de la serpiente* (Benveniste Contemporary, Madrid), *La Bella Embalada* (Pepe Cobo, Art Basel Miami Beach) y *El mato de tomaco* (Encuentro MDE 07, Medellín). También ha formado parte de proyectos colectivos como la *Expedición a El Dibujo* con artistas españoles y colombianos, *El museo de la calle* con el colectivo Cambalache o *Copilandia* con Gratis. Colabora con *ARTifariti* desde sus inicios y fue co-comisario de la edición 2010.

Icaria es una editorial independiente, especializada en el área de ciencias sociales y ensayo, que proporciona herramientas para la reflexión y propuestas transformadoras de los temas más relevantes del mundo actual.

Hegoa, Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional, es una organización que, desde su identidad como universidad y asociación civil, trabaja en la promoción del desarrollo humano, desde sus dimensiones políticas, socioeconómicas, culturales, medioambientales y de género.

La actividad del Instituto Hegoa se desarrolla en el ámbito de la docencia y la investigación, la educación para el desarrollo, la asesoría técnica y la consultoría. Dispone, así mismo, de un centro de documentación especializado en dicha temática accesible a través de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

memorias nómadas



Dolor y resistencia en el Sáhara Occidental

Carlos Martín Beristain

Alonso Gil

Federico Guzmán



Noviembre 2013

Diseño de la cubierta: Marra, s. l. a partir de una ilustración de Federico Guzmán

© De los textos: Carlos Martín Beristain

© De las ilustraciones: Alonso Gil y Federico Guzmán

© De esta edición

Icaria  **editorial**

Icaria editorial, s. a.
Arc de Sant Cristòfol, 11-23
08003 Barcelona
www. icariaeditorial. com



UPV/EHU. Edificio Zubiria Etxea
Avenida Lehendakari Aguirre, 81
48015 Bilbao
Tel.: 94 601 70 91
www.hegoa.ehu.es
hegoa@ehu.es

UPV/EHU. Centro Carlos Santamaría
Elhuyar Plaza, 2
20018 Donostia-San Sebastián

UPV/EHU. Biblioteca del Campus de Álava
Apartado 138
Nieves Cano, 33
01006 Vitoria-Gasteiz

ISBN: 978-84-9888-553-8

Depósito legal: B. 25517-2013

Primera edición: noviembre de 2013

Maquetación: Marra, S.L.

Impreso en El Tinter, S.A.L. (Barcelona)

Proyecto financiado por:



Ayuntamiento
de Vitoria-Gasteiz
Vitoria-Gasteiz
Udala

Esta publicación es fruto
del convenio suscrito con:



Asociación de Amig@s de la RASD de Álava
Arabako RASDen Lagunen Elkarte

También han colaborado
en esta publicación:



Except where otherwise noted, this work is licensed under
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>

Documento bajo licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObra Derivada 3.0 España. Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente con libertad, siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Dedicado a las víctimas y sobrevivientes que dieron su testimonio, compartieron su dolor, su intimidad y su confianza. Ellas son ese rostro que dibuja la lucha en defensa de la vida y la conciencia de derechos humanos en el Sáhara Occidental.



Las historias y dibujos de este libro nacieron en un proceso de investigación sobre las violaciones de derechos humanos en el Sáhara Occidental. Forman parte de los testimonios de «El Oasis de la Memoria». Las historias comienzan en un tiempo en el que el pueblo saharauí no estaba dividido en tres —como hoy en día— entre el Sáhara Occidental ocupado aún por Marruecos, los campamentos de refugiados en Tinduf y una diáspora en el mundo. Hablan del proceso de investigación, de la toma de testimonios, de las historias increíbles contadas por las víctimas.

Desde el éxodo al desierto, a los bombardeos de la población civil de 1976. Del pillaje de los camellos y las jaimas, a la concentración forzada de la población. Entrevistamos a numerosas víctimas que estuvieron desaparecidas en centros clandestinos de detención hasta quince años sin ningún conocimiento de sus familiares. Esas son historias de dolor y de resistencia en los campos de concentración, en medio de las condiciones más terribles, y nos hablan de la capacidad de los seres humanos de hacer frente a las atrocidades. Cerca de 300 de ellos sobrevivieron, más de 50 murieron en dichos centros en medio de la tortura o la hambruna. Otras 400 personas todavía se encuentran desaparecidas hoy en día, en un delito que aún se perpetúa como el dolor de sus familiares.

Algunas víctimas lo fueron por tratar de cruzar el muro de 2.700 km construido en 1982 por Marruecos para evitar el retorno y proteger su rapiña. Hay historias de torturas que casi todas las personas detenidas

sufrieron. De las movilizaciones que, a partir de 2005, dieron a conocer lo que pasa en el Sáhara Occidental después de treinta años de silencio. De las detenciones arbitrarias y las ejecuciones extrajudiciales. Del campamento de Gdeim Izik en 2010 que mostró su capacidad de autodeterminación. De mujeres saharauis que dan lecciones de sabiduría y de coraje. Historias del refugio y de la paciencia tantas veces agotada y renovada en una lucha que dura ya cerca de 40 años por su derecho a la tierra, a su identidad y a una vida digna. Las últimas historias corresponden a los ocho primeros desaparecidos saharauis, que fueron ejecutados en 1976, que han sido encontrados en junio de 2013 en dos fosas comunes en Angala-Meheris. Un hecho histórico para la memoria y la lucha de los familiares de desaparecidos saharauis.

Algunos dibujos fueron realizados mientras se tomaban los testimonios. En el diálogo con las historias, nacieron imágenes y texturas junto a las voces y reflexiones de la gente. A las nuestras propias. A qué es lo que nos mueve.

Las víctimas saharauis esperan aún un proceso de investigación de la verdad, de respeto a su duelo, de reparación y de justicia frente a los perpetradores. Ninguna paz se hace sobre la base de la impunidad, y las violaciones de derechos humanos, procesos militares o torturas se han seguido dando durante ya tres generaciones. Hay también muchas historias de sueños. El libro termina con uno que espera su día.

Este libro nació de un encuentro con las historias del dolor y resistencia saharauí halladas –como tesoros de la vida– en los testimonios de víctimas y sobrevivientes de graves violaciones de derechos humanos. Las historias habitaban en otras más grandes por las que la gente volvió al lugar del crimen o del milagro, y nos llevó de su mano. Hay muchas cosas que sólo pueden decirse con colores y trazos, con atmósferas que te traen hasta aquí. Los testimonios hicieron brotar dibujos. Entre las historias y los dibujos empezó un diálogo fecundo. Y esa fecundidad engendró nuevos paisajes. Esta es una invitación a caminar y dejarse tocar por ellos.

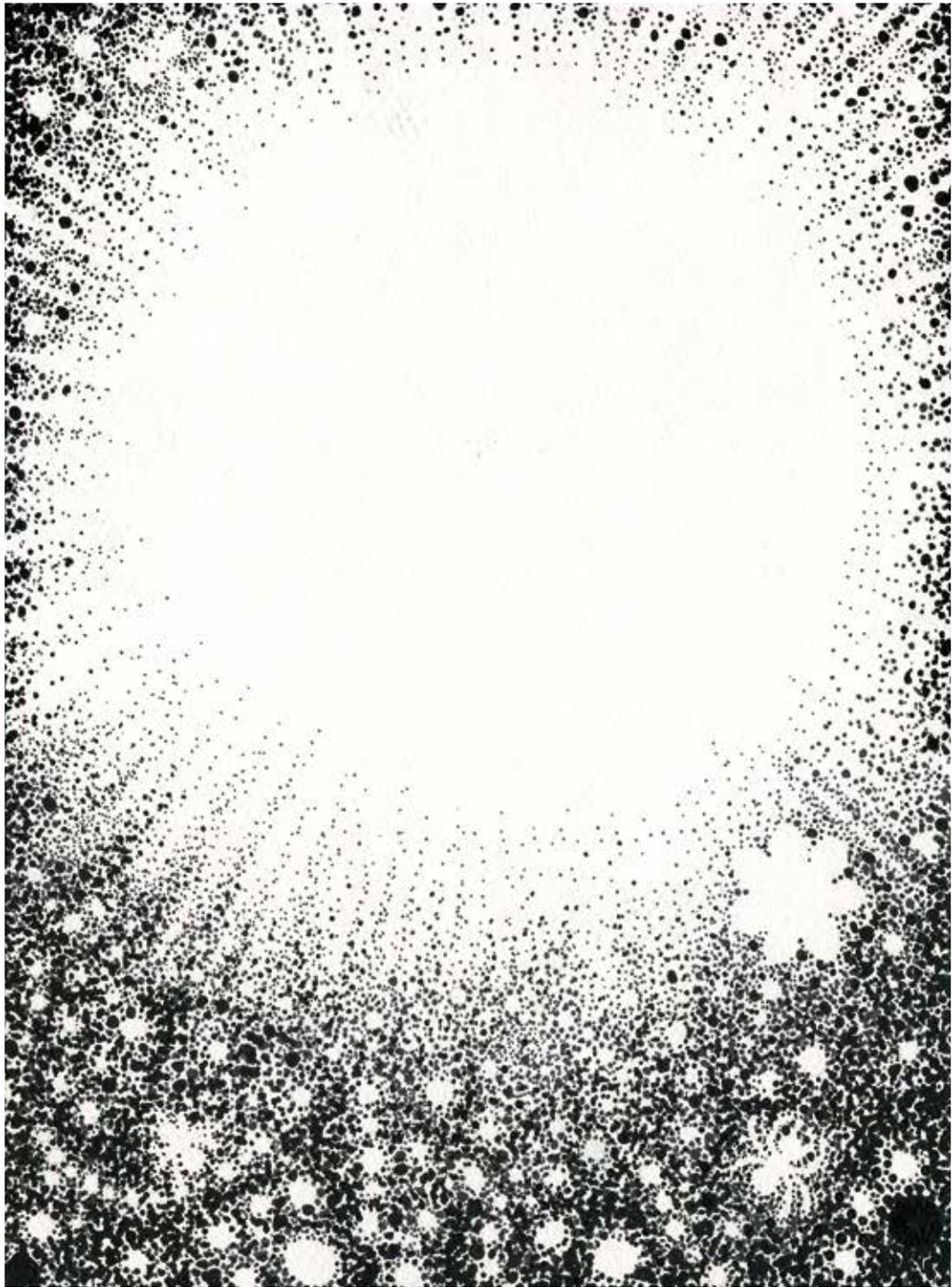


Camino a Dajla

El desierto tiene una vida insospechada. Un escarabajo recorre la arena de puntillas. Un bichillo que pica y vuela, y es de un azul transparente. Hormigas. Plantas que nacen de la nada, con un verde a rabiar de clorofila.

Piedras. Todo tipo de piedras. Hay dos que cuando las juntas salen chispas y, con un poco de algodón en medio, hacen fuego. Hay piedras de flecha, otras sirven para pintar en otras piedras. Aún hay otras parecidas que se hacen polvo. Las mujeres antiguas se pintaban alrededor de los ojos con ellas. Dicen que se puede ver mejor así.

Por fin, hay piedras que esconden secretos de otros tiempos. Levantas una y ahí tienes pegadas conchas de un mar que un día inundaba esto. Imagino las olas sobre esta arena mientras sigo encontrando rastros de pescaditos en el desierto.

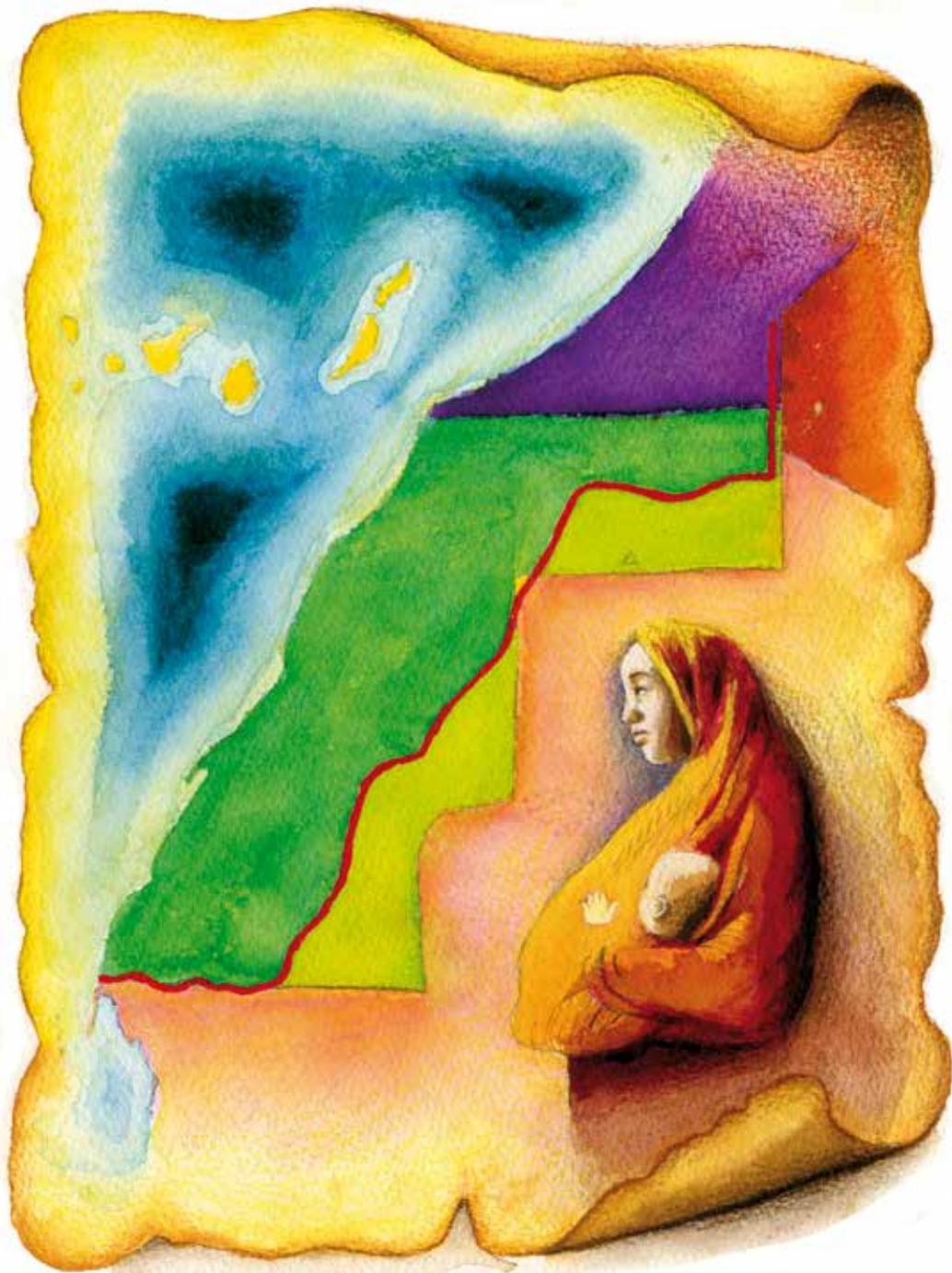


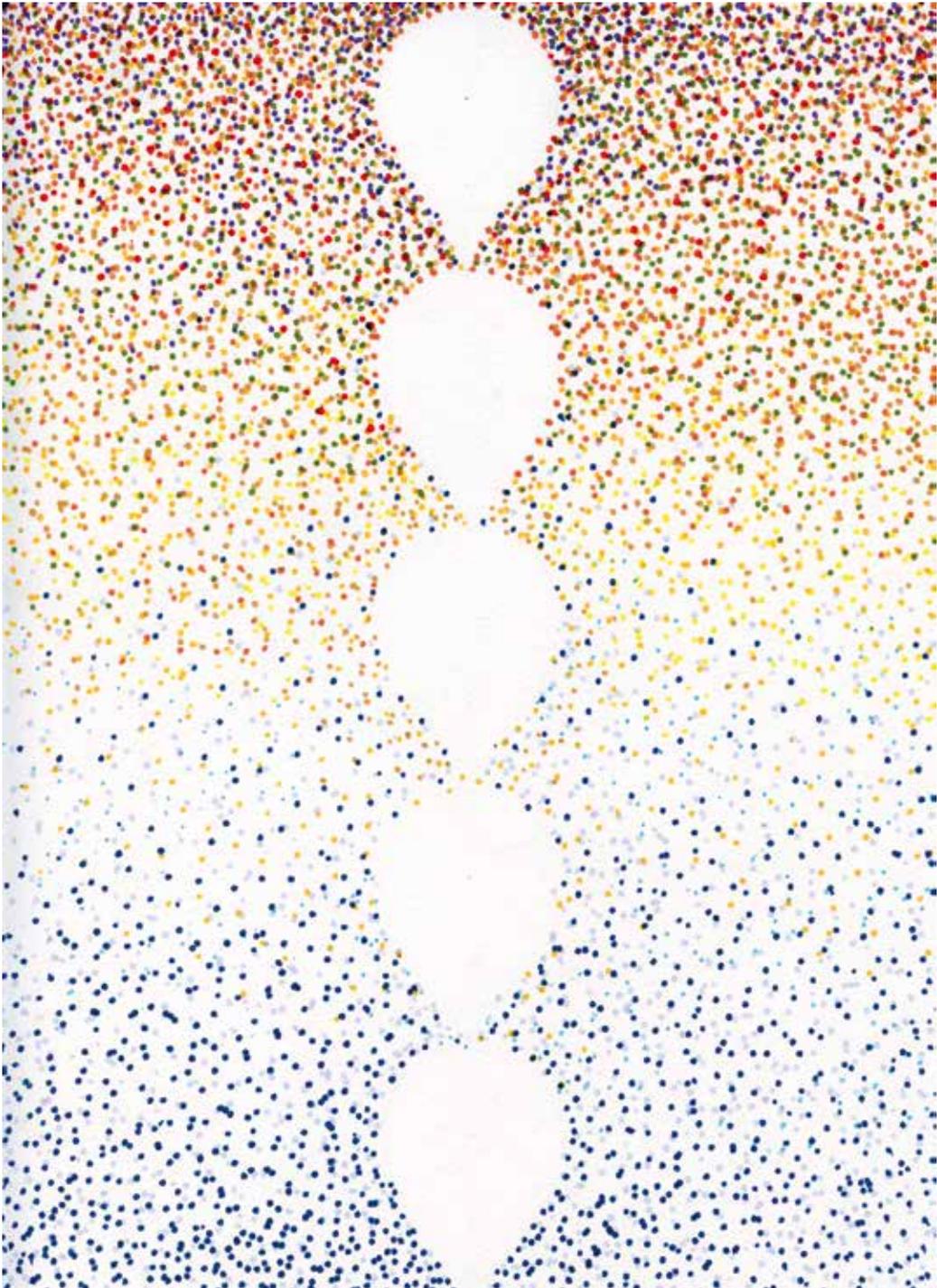
Con el viento que mueve los granitos de arena, se va desecando la sal. A golpe de más viento, más sal se va quedando en la superficie que a estas alturas va formando una costra leve, blanca. Mientras ahí al lado una especie de concha de sepia es en realidad una piedra de sal.

Nos llevamos una para deshacerla entre los dedos y echarla a un pedazo de carne de camello, para desayunar con té en medio de estas dunas y este sol que crece y crece.

Debajo de la arena reseca, si escarbas como si fueras a hacer un castillo en la orilla del mar, la arena está húmeda. Así puedes hacer un hoyo tan ancho y tan largo como quieras, o mejor, como te dé el plástico que tengas. Dentro pones una tetera como si hubieras hecho un invernadero. El agua de la arena –que se evapora con el calor– se pega al plástico en forma de gotas que se van condensando en la tetera –que está más fría– juntando agua de *a poquitos*. Así, en medio del desierto, tienes un oasis para no morir.

Mientras aprendo estrategias de supervivencia y conocimientos ancestrales, paseo con el Flaco por estas dunas en las que me enseña estos y otros milagros de la vida.





Los saharauis chasquean la lengua en el paladar para decir que están de acuerdo, que está bien, que adelante. Mientras explico a Sukeina cómo vamos a hacer para tomar su testimonio, Abdeslam le traduce y ella me mira y hace *clijk-clijk*. Después de mis preguntas, que se tejen con su historia, vamos creciendo juntos, la palabra circula entre los tres, viene y va. Como una música suave con voces, tonos e historias. Hay un tiempo que queda así inaugurado. Hasta que yo también soy parte del asombro cuando me escucho, aunque desentonado:

–*clijk*.





Esta es una foto de un cementerio saharauí en el desierto. El cementerio está exiliado como la gente que lo abraza cerca, la que entierra sus muertos en la arena y le pone unas piedras en lo alto, según sea hombre o mujer. La de la mujer tiene una piedra en el ombligo que sella su tumba para que descansa tranquila, para que ningún mal espíritu se le meta dentro. En este cementerio de Rabuni fueron enterrados muchos niños y niñas, que murieron después de los bombardeos de 1976, a causa de una epidemia de sarampión y de hambre. Ese cóctel de muerte atravesó a los sobrevivientes en un tiempo donde ni siquiera se podía registrar a los muertos, con la urgencia de dar de comer a los vivos.

El cementerio de Um Dreiga, lugar del bombardeo, quedó al otro lado del muro construido y minado por el ejército marroquí para impedir que la gente vuelva. También está poblado de niños y niñas. Allí hubo que enterrar los restos de a todos, de a pedazos en la urgencia por huir.

Los cementerios son lugares de silencio. Estos en cambio quieren su palabra. De la que no hubo tiempo entonces y que se quedó dando vueltas escribiendo sus nombres en la arena.

Para escribir sobre un bombardeo hay que volver a él. Escuchas dos, diez, cincuenta testimonios que hablan de aviones, jaimas quemadas, dispensario y miedo que se esconde en las montañas. Y sin darte cuenta has entrado en una atmósfera: escuchar, contrastar versiones, detalles de lugares, nombres, bombas que explotaron. La primera destruyó el dispensario con la Media Luna Roja y destrozó la vida de Chaia, la enfermera que atendía a la gente, y de su hija que aún estaba en su vientre. Datos que se triangulan. La que estaba allí al lado, la que vio, el que perdió, la que atendió, el que enterró.

Entrevistamos a familiares de los muertos, a personas que fueron heridas. Esas marcas de la vida no son propaganda ni estadísticas. Brahim Barbero era médico y estaba allí. Cuando ya no podía más, fatigado del horror y de atender a la gente, se sentó bajo un árbol a descansar. Hassena vino a avisarle corriendo. Una cabeza estaba sobre la suya entre las ramas del árbol. Las tragedias tienen detalles que nunca te imaginas.

Mientras, vuelvo a sus memorias fragmentadas. Zuenana perdió su brazo de niña de cuatro años y a sus padres, y con ellos su infancia. Otras gentes, con las que hablo en estos días, los enterraron. El testigo de la muerte de otra mujer, nunca pudo contárselo a su familia. Hacemos un listado de los nombres. Cuarenta y cinco muertos y ochenta heridos. Familias completas. Esos son los que recuerdan las memorias de los sobrevivientes que entrevistamos. Hay más. Los nombres deben estar en un lugar más digno que el olvido de la fosa que los cobija y que espera, aún, el tiempo de la verdad.





Hacía tiempo que había preguntado a muchos saharauis y a los amigos y amigas que trabajan en la solidaridad, por qué el campamento de Dajla estaba tan lejos de los demás. Mientras que Rabuni, Smara o El Aaiún –esos nombres de su propia tierra– estaban a media hora de *Land Rover*, Dajla estaba a cuatro horas. No había razones militares o de seguridad, o alguna de esas otras cosas escondidas que siempre hay que mirar para entender la geografía de un conflicto.

Esta mañana llegamos al campamento de Dajla a recoger testimonios del bombardeo de Um Dreiga. Los sobrevivientes del bombardeo eran sobre todo las sobrevivientes. Tarcha nos cuenta la historia del bombardeo y de su huida. Llegaron poco a poco a Rabuni, cruzando las noches en un camión que solo podía ir a diez por hora y sin luces para no ser divisados. Y allí se fueron quedando, en el lugar de acogida, en la Hamada cerca de Tinduf, una base militar argelina. Apenas había llegado ella y su grupo, y mientras la gente escuchaba una bienvenida del Uali –el líder del Polisario–, se escuchó un avión argelino que aterrizaba en el aeropuerto militar. Las víctimas del bombardeo de Um Dreiga se echaron a temblar, se desmayaron, salieron corriendo como poco antes habían hecho para salvar la vida.

Hubo que preparar ollas, dátiles y algo de beber para acompañar otro nuevo viaje. Aunque Argelia no quería ceder mucho terreno, los saharauis consiguieron que les dejaran poner un campamento lejos, donde los aviones no pudieran escucharse, donde la gente pudiera estar tranquila sin el recuerdo permanente de las bombas. Hay cosas que lo explican todo y no necesitas cifras ni palabras. Son pruebas como lo es de un golpe su herida. Así, la distancia de cuatro horas entre el campamento de Dajla y los demás se convirtió en la mayor prueba del bombardeo, y en la primera medida de salud mental para todo un pueblo.

Rabuni. Sede de Afapredesa

La sala está llena. Mohamed Lamin es un hombre mayor con el rostro escrito por el desierto y la historia de su pueblo. Es uno de esos hombres de azul, de una dignidad que le sale por la piel. No le hace falta hablar para eso, solo con su turbante y sus ojos que te miran.

Cuenta su historia que es también la de otros. Cuarenta y seis personas fueron detenidas con él –dice en un número que sabe de memoria–, seis fueron los que le acompañaron todo el tiempo. Y empieza a recitar sus nombres, uno tras otro. Después le pregunto por los demás.

Y sigue sin dudar. Cada uno con sus tres nombres: el suyo, el del padre y el del abuelo. Yo escribo como puedo, mientras la grabadora promete acordarse de todo.

Cuando por fin termina, cuento veintiuno. Después hacemos un descanso. Cinco minutos para que Abdeslam, que traduce sin parar desde hace casi dos horas, tenga un respiro entre idiomas para su cigarro.

Luego volvemos. Mohamed dice que en el descanso se acordó de algún nombre más. No le hace falta tomar carrerilla. Continúa con la lista y sigo tras sus huellas. Doce nombres más, de hombres y mujeres. Después se queda dudando y dando vueltas en su cabeza. Abdeslam traduce sus gestos. Hay otra más, pero no se acuerda, solo que es la hija de Mohamed Fadd Larom. Trece más seis más veintiuno son cuarenta.

Cuando terminamos la entrevista, la gente que ha estado observando y escuchando atenta tiene ahora la palabra. Ellos y ellas son testigos en la Audiencia Nacional en el proceso por genocidio. Escuchan y aprenden. Y ahora preguntan. Yo creí que iban a preguntar sobre la entrevista, sobre lo que puede interesar al abogado o al juez. Pero no. Ellos y ellas toman la palabra para hacerle preguntas a Mohamed. Añaden cosas, preguntas que yo no hice, se interesan por detalles, contradicciones aparentes, historias que les tocan. Que nos tocan.

Sukeina fue detenida un día de febrero de 1980. La policía se presentó en su casa para llevársela a las 12 de la noche. El oficial no atendió a su esposo que le pidió, por lo que más quisiera, que no se la llevara, que en la mañana iría a la comisaría.

–Es solo un momento –le dijo– volverá en un rato.

Esa frase es parte de la letanía de las desapariciones forzadas en el Sáhara Occidental. Su niña, de apenas dos meses, estaba durmiendo. Si detenían a Sukeina le cortarían el lazo con ella. Su hijo, de cuatro años, también dormía, pero ellos no cedieron.

Sukeina señala su pecho derecho. Dice que lo tenía lleno de leche y les pidió darle de mamar.

–No.

Cuando la llevaron a la comisaría empezó una nueva tortura. La golpearon. La desnudaron. La colgaron. La vejaron. Dicen sus ojos y dicen sus lágrimas. Allí estuvo dos semanas. De allí la llevaron a una cárcel sin pasar por ningún juez o cosa parecida. Luego, a otro centro clandestino de detención donde estuvo diez años recluida.

Cuando salió, en 1991, con un grupo de 321 personas que permanecían desaparecidas desde hacía tres, diez o quince años, se reencontró con su familia. Pero solo estaba su hijo. La pequeña había muerto dos meses después de la detención de su madre. Sukeina, desde entonces, no había sabido nada de los suyos. Ni ellos tampoco de ella.

Al salir al mundo, este se le cayó encima. Cuando le pregunto cómo se sentía, me responde agarrándose el pecho derecho:

–Me dolía aquí.

ENTRARON EN EL 1973 EN SU CAMPAÑAMENTO, 22 JAIMAS EN LAS AFUERAS DE ENCARCELAMIENTO.
59 años, FORUM DEL FUTURO DE MUJERES SAHARAUI. DIEZ AÑOS DE ENCARCELAMIENTO.
DURANTE 3 DIAS NO TENIAM ROSA. NO HABIA COMIDA. SOLO UN SACO DE HARINA Y AGUA. COMIERON ESTOS
LAS VIGILADAS POR GUARDIAS CON ARMAS EN POSICION DE COMBATE. VIGILADOS A TODAS
MUCHERES QUE NO TENIAN HIJOS LAS ATARON. CONVIERTIERON LAS CASAS EN CELDAS
SIN FUERZA DE VIGILANCIA. SIGUE RESISTIENDO TODA SU VIDA.



SUKEMA



Su hijo Chej hoy tiene treinta y cinco años. Está ahí a su lado, un poco detrás, serio, escuchando. A partir del año 2005 cuando se generalizaron las movilizaciones de los jóvenes saharauis en contra de las violaciones de derechos humanos, el Estado marroquí decidió aumentarlas y eligió a muchas nuevas víctimas, sangre fresca. Esta vez no era ya aquel niño de cuatro años que vio morir a su hermanita, sino ese hombre al que han detenido muchas veces desde 2005. Tres horas. Tres días. En cuartel. En comisaría. Bajo varias acusaciones que se resumen en que no está de acuerdo con la realidad en la que vive, y que hay otra a la que aspira: la independencia. Con acusaciones o sin ellas, todas con un único mensaje: no te muevas.

Hasta que su madre, Sukeina, le dijo: «vete, aquí no puedes vivir».

–¿Sabe lo que significa que una madre le diga a su hijo: «vete»? –traduce el traductor.

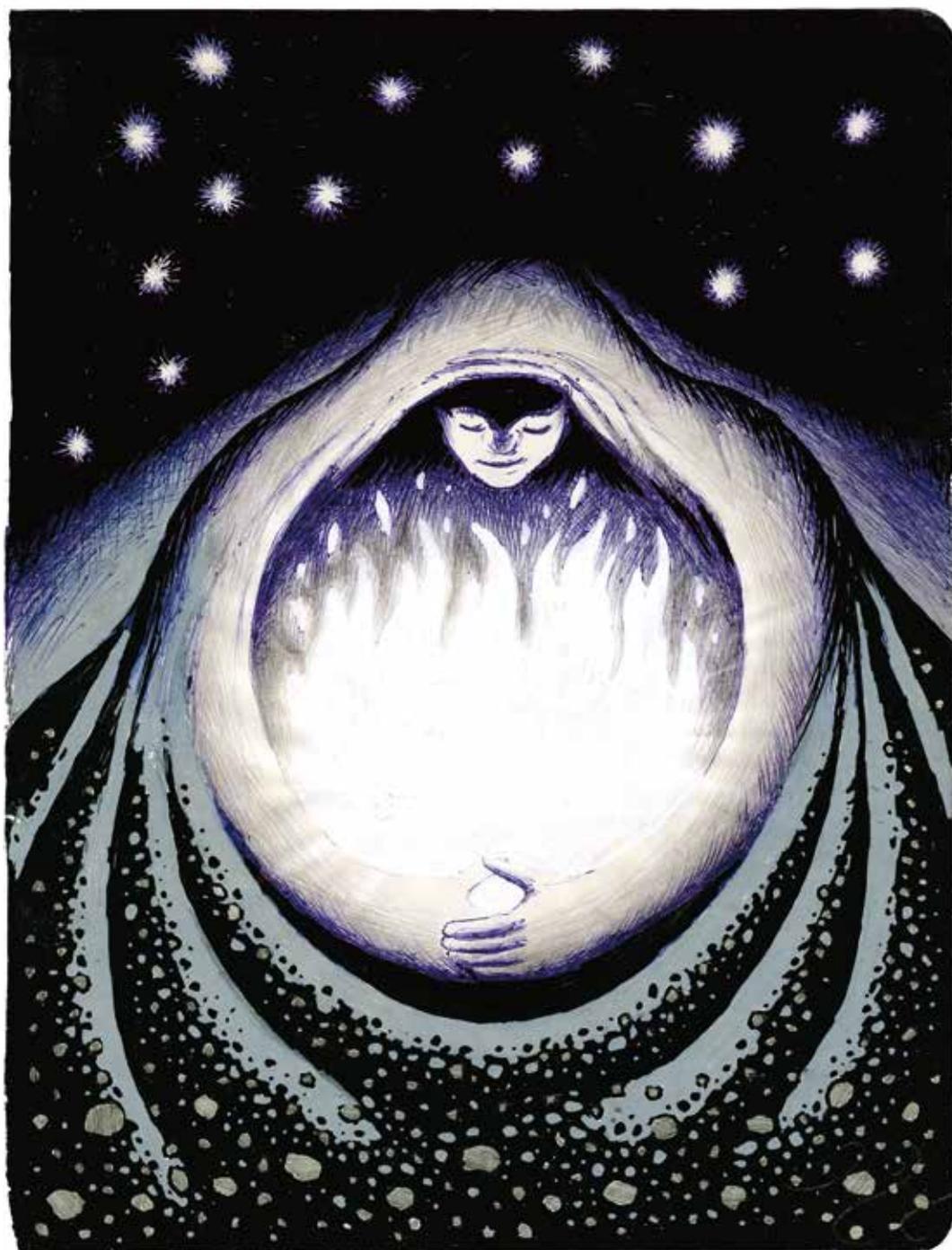
No es una pregunta para responder, es una pregunta para gritar.

Nuestra entrevista se lleva a cabo en los campamentos de Tinduf. 37 años después del masivo exilio de 1976, aún hay otros como este, pero a cuentagotas. En un momento le pido que me cuente algo más del trato que recibió por parte de la policía. Él se queda callado, ha pasado de puntillas varias veces por encima de eso, como si las brasas escaldaran aún los pies al cruzarlas.

–No puedo hablar de eso delante de mi madre. Me da vergüenza. Le va a hacer mal.

Sukeina lo escucha atentamente. Después –delante de todos– le dice «tienes que contarle, no te avergüences. Te hará bien y el mundo tiene que saberlo. Tú has escuchado que a mí me desnudaron».

En esta habitación compartida con otras víctimas, que escuchan para hablar de sí mismas, ese *mundo* somos nosotros y lo poco que podemos hacer.



La primera misión de Naciones Unidas y la Unión Africana iba a llegar a El Aaiún el 20 de noviembre de 1987. En el territorio del miedo, alguna gente andaba sacudiéndose mientras empezaban a preparar una manifestación para reivindicar el referéndum en pequeños grupos que apenas se conocían. Elghalia se forró de panfletos y banderas bajo la *melhfa*. Algunos fueron detenidos cuando aún no se habían vestido. Otros fueron capturados cuando se quedaron solos y andaban perdidos en las calles. Hariz El Harbi y Brahim Bensami eran ya nombres del terror, conocidos por todos los que habían pasado por las catacumbas del sistema marroquí en el Sáhara Occidental. Las detenciones se hicieron con nocturnidad y alevosía, y con las mismas se ocultó a los detenidos trasladándolos al PCCMI y luego más lejos, al BIR de la playa, para que la misión no los pudiera ni oler. Así el sistema se burló de los que venían a verificar la situación de la población saharauí. El inicio de algo tantas veces repetido.

Mohamed Ayach estaba detenido con su madre y otros familiares.

–Nos torturaron de forma salvaje, pero duele más lo que me estaban diciendo.

A Salka le dolían también los gritos que escuchaba. Un mundo de gritos. Entre ellos, los de su hijo.

–Todas sus torturas, su sufrir, me pasa por la oreja.

Mohamed agonizó durante varios días al otro lado de la pared. Ese es un eco que llega hasta hoy en día. Hasta esta mañana de sol en El Aaiún en que Salka cuenta su vida. Cuando le pregunto cómo ha enfrentado la pérdida de su hijo habla con las manos y señala a Brahim, mi traductor, que era otro de los jóvenes del mundo de gritos. Después él traduce:

–El querer que tenía a mi hijo lo he repartido entre todos los demás.

Y yo, al despedirnos, le pido mi huequito.

–No me acuerdo de todo aquello que me hizo perder la razón.

Recuerda que estaba en su casa y fue detenida con su marido y llevada al PCCMI. Era un día de 1980, aunque el verdadero tiempo se contaba en que ella estaba en el noveno mes. Atada y colgada, los torturadores decidieron usar el embarazo como campo de tortura. Chorros de agua en el vientre crecido y terror de que el bebé saliera por su ombligo. Después la llevaron al hospital donde dio a luz entre la policía. El hospital era una prolongación de la detención clandestina, pero ahí estaban juntas. Un día vinieron y se llevaron a su hija. A ella le vendaron los ojos y algo le recorrió el cuerpo de los pies a la cabeza. Fue regresada al PCCMI y llevada a tres centros clandestinos en la siguiente década. De esa época no recuerda nada, aunque luego supo que la solidaridad fue, como para tantos, lo que le ayudó a sobrevivir.

Cuando la razón le fue volviendo, no lo hizo de un día para otro. No recordaba ni a su hija recién nacida, ni a los otros siete niños que había dejado en su casa. Le dolían los pies y no quería levantarse. Primero le vino la razón y luego, poco a poco, la moral.

La niña tuvo dos nombres. Mahfuda significa Protegida. Y la familia le puso otro más, Umsaad, que significa Buena Suerte. Hajtna era otra hija de siete años que cuando su madre fue desaparecida, también perdió la razón que aún busca entre abrazos, psicoterapia y pastillas.

–Hay un drama femenino que lo vivimos en silencio, y no es bueno. El contar es la única cosa que nos va a ayudar.



En el PCCMI a los presos no les dejan dormir. No tiene ningún interés para obtener información o interrogar. Es simplemente el tratamiento de desprecio que forma parte del día y de la noche. Una vez, los presos acordaron que no se iban a despertar ni a levantarse, sino que iban a intentar dormir: la insumisión del sueño. La persona que está cerca de la entrada se opone porque sabe que si hacen eso, la tortura va a empezar por él.

–Aquel día comenzaron en nuestra celda, estábamos quince. Me estaban dando golpes y palos, y yo gritaba. En la celda de al lado un amigo se quedó gritando porque son dos hermanos y creyó que era su otro yo. Estuve intentando resistir...

Todo el mundo dormía o se lo hacía, pero la protesta no podía pasar sin su castigo. Llegaron varios cientos de elementos, sí elementos. En círculo, con un pie delante y otro detrás con sus porras. Brahim estaba esposado y tenía una venda en los ojos que luchaba por quitarse. Qué importa la muerte. Entonces se tumbó en el suelo, como cuando estamos para venir al mundo antes de nacer, pero mirando hacia arriba. Mientras lo seguían golpeando.

–En El Aaiún casi no llueve y, cuando lo hacía, a mí me gustaba ir a la calle y estar debajo de una farola para ver caer la lluvia.

Ellos eran muchos y tenían los palos, pero a Brahim le parecía que estaba lloviendo negro en una plaza. Así se quedó, viendo llover, hasta que ya no podía respirar más.





I

Abdallahi estuvo detenido once años en dos centros de exterminio.

–Hay bastante experiencia para saber cómo se muere –dice.

Él iba a ser uno, el primero que estaba en el camino de morir en Agdez. Mientras habla, desmenuza los pasos por los que anduvo sin moverse de la celda. Lo primero que le ocurre a la persona es que se le enferman las encías. Empieza a salir pus, se hacen blandas y crecen llenando la boca. Después pasa a las articulaciones. Empieza por las rodillas y termina en los brazos. Y esto va por orden, una por una, no las dos rodillas a la vez. Y sube a los brazos, primero uno y luego el otro. Las piernas también se encogen, ya no hay forma de extenderse. Su relato sigue paso a paso los días que le tocó vivir. Todo tiene su precisión y su matiz. Los dientes en cambio se quedan en su sitio.

Ya no va quedando nada: piel y huesos. En posición fetal, Abdallahi se quedó como un bebé de pies largos, que pesaba tan poco que uno lo llevaba en brazos. A los tres meses ya es la parte final, cuando el corazón se alborota como queriendo pararse en cualquier pequeño movimiento. Mientras habla, repasa los síntomas de la hambruna, del escorbuto y de las enfermedades del exterminio.

Los otros presos buscan unas pocas lentejas que les dan en un mar de agua, las recolectan de una en una, las trituran y se las dan de beber. Un tipo de suero gota a gota. Aunque Abdallahi ya no podía más. Aceptaba la muerte porque ya esa vida era tan delgada que ya no lo era.



II

Lo sacaron entre cuatro en una manta al patio. Allí llegaron los militares. Entre la conciencia y la inconsciencia a él le tocó oírlo todo:

–Está en las últimas. Si lo devolvemos a la celda, va a morir y tendremos que enterrarlo de noche... Ya sabes cuáles son las instrucciones. Así que mejor vamos a enterrarlo ahora.

Los presos de Agdez se enteraron tiempo después, por boca de uno de sus centinelas, que a los muertos les rompían la columna con un golpe, para asegurarse que lo estaban.

El sargento quedó pensativo, y esa tarde le tocó vida:

–Vamos a devolver al muchacho a la celda, si se muere tocan la puerta y vengo yo a enterrarlo.

A la mañana del día siguiente, apareció el sargento con un enfermero y le pusieron una inyección: «o se salva o se muere». La jeringa la vieron los otros presos, y era de caballo. Ampolla tras ampolla, las vitaminas y otros brebajes le llenaron el cuerpo. Al de dos días, Abdallahi empezó a mejorar: la encía ya no le llegaba a la lengua y podía decir dos palabras. Fue la única vez que los presos lloraron de alegría. Y él, que había perdido el apetito hacía meses, empezó a perder la saciedad y comía todo lo que caía en sus manos. Por si acaso.

III

Tiempo después, mientras estaban en el patio todos los presos, llegó el sargento. Cuando terminó el recuento hizo que todos se fueran, pero a él le dijo: «tú, quédate».

Cuando estuvieron solos, le preguntó:

—¿Sabes por qué lo hice?

—...

—Lo hice porque te miré y te parecías a mi hijo.





El Batal Lahbib fue detenido por no querer comer camello. Él conocía al dueño y consideraba que no estaba bien robar y comer lo que no era suyo. Poco antes a Lehwaimad –miembro de las Fuerzas Auxiliares del ejército marroquí– le pasó lo mismo cuando su tropa había saqueado un rebaño y él fue detenido por rechazar comer de la rapiña. Tantas historias de la violencia nacen así, de un absurdo. A Mamia que tenía 14 años, la detuvieron con toda su familia porque era hermana de un miembro del Polisario que estaba en Argelia. A Mohamed Fadel Leili, y a toda su familia, por lo mismo. A Sidi El Bachir porque era nómada y estaba en el lugar equivocado. A la madre de Ebchirna porque tenía más azúcar de la cuenta y eso significaba que podía ser suministradora del Polisario. A Ali Ballag simplemente porque estaba ahí cuando fueron a por su hermano... y porque la represión siempre tiene su economía: por uno se llevaron dos. Aminatou Haidar estuvo desaparecida tres años y siete meses a dos calles de donde jugaba de niña. Al hermano de Bazeid Salek lo golpearon muchas veces porque su hermano, defensor de los derechos humanos, es su gemelo.

El componente indiscriminado y la extensión de la violencia tienen una lógica, no son solo parte de la brutalidad o de la falta de puntería. De esa manera se busca cualquier información, mientras el miedo se convierte en terror. Los primeros interrogatorios mostraban que los militares no sabían casi nada del Polisario, y detener y torturar era una forma de escudriñar y, sobre todo, de destruir cualquier posible apoyo. La mayor parte de los presos fueron sometidos a malnutrición intencionadamente, pero cuando se trataba de militantes del Polisario reconocidos, las torturas se seguían después de abundante comida, para poder continuar mañana. La racionalidad de la crueldad.



Habíamos escuchado hablar de fosas comunes, en un lugar donde la gente fue enterrada aún con vida. Casi todos miembros del ejército del Polisario. Pero no habíamos conocido el testimonio de alguien que estuvo allí. Él fue detenido, acusado por un niño de llevar provisiones con su *Land Rover*. El niño que lo acusó apenas tenía 14 años y estaba muerto de miedo. El Batal estuvo en la fosa con otras personas –a su lado contra la pared fría– a tres metros bajo tierra mientras de arriba llegaban latigazos y pedradas. Mientras un teniente armado de cuaderno y algo para escribir, preguntaba sentado. Las fosas estaban hechas con excavadora y eran dos. Una tenía alambre de espino y focos, la otra era el lugar de interrogatorio. Allí le golpearon hasta la casi muerte. Es testigo de la muerte de su amigo Mohamed uld El Bou El Bachir, que fue asesinado ahí mismo a base de torturas. Es testigo porque lo tenía agarrado del brazo, y después su mano se abrió y murió. La información oficial dice que Mohamed murió en el cuartel de El Msayed «a causa de las condiciones». Después El Batal fue llevado a una celda cercana donde había otras personas que vieron cómo lo trajeron medio muerto. Sobrevivió porque, según le dijo el coronel Lamarti, fue un error y su padre era capitán del ejército marroquí. Mientras, el niño fue sacado de la celda y llevado a la fosa. Su nombre aparece en la información oficial como Hamdi Brahim Salem Moulay El Hanani «detenido en el cuartel militar de El Msayed cerca de Tan Tan donde fue secuestrado y falleció a causa de las condiciones».

Escuchar a un sobreviviente de una masacre planificada tiene otra dimensión. Es como estar en un lugar del que no puedes sustraerte, como un delirio donde el testimonio se huele. Investigar un horror de estas proporciones te lleva a estar pendiente de todos los detalles. A juntar todos los pedazos. Cuando terminas, no sabes dónde quedaron los tuyos.



EN LA CARCEL NEGRA

Colgados cabeza abajo, desnudos, hinchados, heridos. Moubarak Safia fue llevada a aquel lugar lleno de hombres que parecía una carnicería. Apenas tenía veinte años. La llevaron para que reconociera a alguien y el terror se quedara con ella. Pero no pudo identificar a ninguna de esas personas desfiguradas. Cuando dijo «no conozco a ninguno» le dieron su dosis. Su marido que era uno de los que estaban colgados –y no quería que a ella le pasara lo que a él– balbuceó:

–Soy yo.

Fue llevada a la sala de torturas donde había otras mujeres desnudadas y con las manos atadas, que sufrieron los mismos tormentos. Moubarak estaba amamantando a su hijo recién nacido cuando fue detenida. Después de varios días, sus pechos estaban hinchados y amoratados, duros como piedras. Las otras mujeres malheridas le ayudaban a sacar su leche. Uno de esos días se desmayó y se despertó en el hospital. Cuando regresó su tortura había pasado, pero las mujeres eran sacadas, de tres en tres, cada noche hasta el amanecer. Estuvo un año desaparecida. Su marido –cabo de la policía española– y su hermano, aún lo están.





Saleh se quedó con sus primos y con su abuela. Eran ocho en total. Los padres y madres de todos ellos estaban detenidos. Meses después, el grupo en que quedó su madre Safia iba a ser liberado, aunque ella no lo sabía todavía. El coronel Lemdauar les dijo «¿qué quieren mujeres?». Y ellas pidieron ver a sus hijos. El coronel dio la orden de que trajeran los niños pequeños de Rebeyeb. Llegaron siete, pero la mayor parte de sus madres no estaban ahí.

—Mi hijo estaba entre los siete, pero no llegué a reconocerlo.

Después de una hora, los niños fueron llevados como habían sido traídos. Como eran lactantes no podían hablar. Así que ellas decidieron enseñarles el lenguaje de los signos. Y rasgaron sus *melhfás*, y se cortaron los cabellos con los dientes, y pusieron sus mensajes de vida, entre ropas y pañales.

Gallina y pollo asado. Los perpetradores ponen nombres comunes al horror para vivir con él. Así no hay que mirarse en el espejo. En nuestras conversaciones de estos días, las víctimas describen una historia que tantos conocen. Entre las piernas dobladas y los brazos, una barra de hierro te cuelga entre dos mesas. Cada vez que uno describe un método de tortura te imaginas el dibujo, el lugar, las distancias en dolor. Lo más difícil es imaginar a los funcionarios *que hacen su trabajo*. Antes te habían desnudado. Duele solo contarlos. Cada tormento viene con otros más. Con la *falanga* –exportada por los militares turcos a otros continentes– que pone los pies golpeados a reventar o a gangrenar. Con la electricidad que busca los puntos más sensibles. Entre los torturadores hay siempre varios de uniforme y uno de paisano.

Siempre las mismas preguntas, desde 1976. Banderas. Apoyos. Panfletos. Relación con el Polisario. «¿Tienes familiares en los campamentos?» En Kalaat M'gouna las torturas se reiniciaban con las nuevas llegadas.

Naama Eluali preguntó por su padre, quería saber si estaba también detenido en ese centro clandestino. Pero las preguntas no estaban permitidas:

–Si vuelves a preguntar por tu padre puedes perder la vida.

Su padre y su abuelo estaban allí. En otra celda. Bajo otras vendas.



Entre las formas de tortura de los centros clandestinos, la suciedad y la porquería tenían rango de técnica. Sidi Brahim estuvo detenido de forma clandestina en el PCCMI tres años, acusado de liderar a los jóvenes saharauis sacados por el régimen marroquí de su tierra para diluirlos como si fueran azúcar en las ciudades de Marruecos. El régimen los llamó «los cachorros de Hassan II». Esperaba así disminuir la resistencia en los territorios que había ocupado ilegalmente en 1975. Sidi fue acusado por el gobernador Uychen –entonces gobernador de la ciudad marroquí de Setat– de sacar una bandera y de querer que los treinta y seis jóvenes adscritos a la ciudad, regresaran al Sáhara. Uychen había sido antes Director General de Asuntos Aduaneros de todo el Sáhara. O sea que sabía de fronteras.

A los detenidos y detenidas en el PCCMI les salieron piojos por todas las partes, el cuerpo pica y los piojos se ven caminando, aunque ellos tienen los ojos vendados.

Sidi llegó a soñar, o a delirar, aunque en realidad tenía todo el cuerpo lleno de piojos. Estaba en una calle vendiendo piojos a la gente con una balanza. Medio despierto, medio dormido, los guardias entraban y lo encontraban hablando solo, y lo golpeaban porque la prohibición de hablar incluye también a los sueños. Se trata de una pesadilla que todavía sigue teniendo. Si recuerda la cárcel sufre mucho, se desanima, vuelve a la pesadilla y no es capaz de controlarse. Uno nunca puede imaginar que la tortura sea una experiencia tan espantosa y destructiva. Pero él también tiene su propio remedio:

–Mi manera de automedicarme es tratar de recordar los buenos momentos que viví antes de que me detuvieran.





La tortura se aguanta si viene de afuera. Aunque sea extrema, como la barra entre las piernas o el colgamiento, que te descoyunta los hombros mientras tus pies flotan. Todas las torturas que repasa Brahim en su propio cuerpo son parte de la Turquía de los ochenta, de las dictaduras de Argentina o Chile, de la sobredosis sofisticada del horror. Él sobrevive a todas ellas. Después, cuando están todos los detenidos juntos, pasan el tiempo sin otro quehacer que el largo silencio. Así tres meses, con los ojos vendados. Una manta para cada tres. Cada tres presos se enrollan como pueden, el más fuerte en medio para aguantar la presión y dar calorcito a los otros dos.

Hay una tortura de los interrogatorios que llevan los servicios de inteligencia. Luego está la tortura de los guardianes. Esa consiste en ordenarle a un preso pegar a otro. Un saharai a otro saharai.

–Eso es lo que más me duele –dice Brahim.

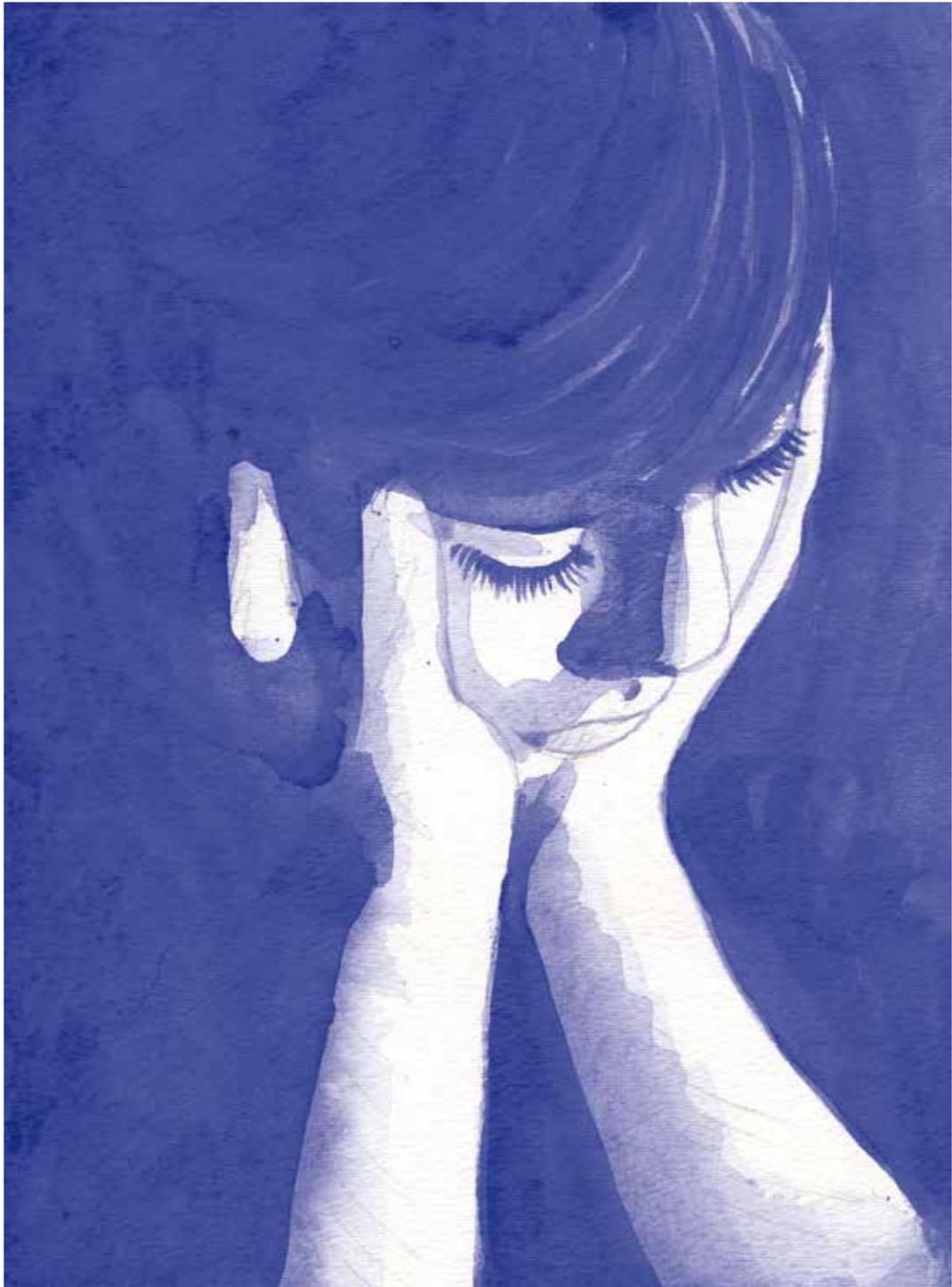
Un día le tocó a él. Le quitaron la venda y le ordenaron ir a la otra esquina de la celda y pegarle al preso que estaba sentado, esposado y con los ojos vendados. Cuando seleccionaron al preso que debía ser golpeado, él lo reconoció: Ahmed. Pero no pudo decir su nombre. Entonces con su mano –entonces y ahora que habla conmigo y me lo explica– le acarició la mejilla. Así, toda su palma en todo su rostro. Ahora mismo ese cariño me hace temblar. El guardia le ordenó: «golpéalo». Hasta que se lo llevaron de vuelta. Le vendaron de nuevo los ojos. Entonces el guardia le ordenó a otro que le pegara a él. Y lo golpeó. Y los ojos de Brahim se ponen rojos de agua, como entonces. No le duelen los golpes, creía que había pasado por todo lo peor ya. Le duele que sea un hermano.

Mi padre está ausente. Así inventaron muchos niños y niñas las explicaciones sobre el exilio o la desaparición forzada.

Muchas madres educaron a sus hijos para que protegieran su espacio para vivir, en una escuela que no los reconocía. Así crecieron escuchando historias de sufrimientos, detenciones y desapariciones. Y mientras, a los hermanos que aprendían a escribir en la misma pizarrita porque no había para más, también les tocó aprender estrategias de supervivencia.

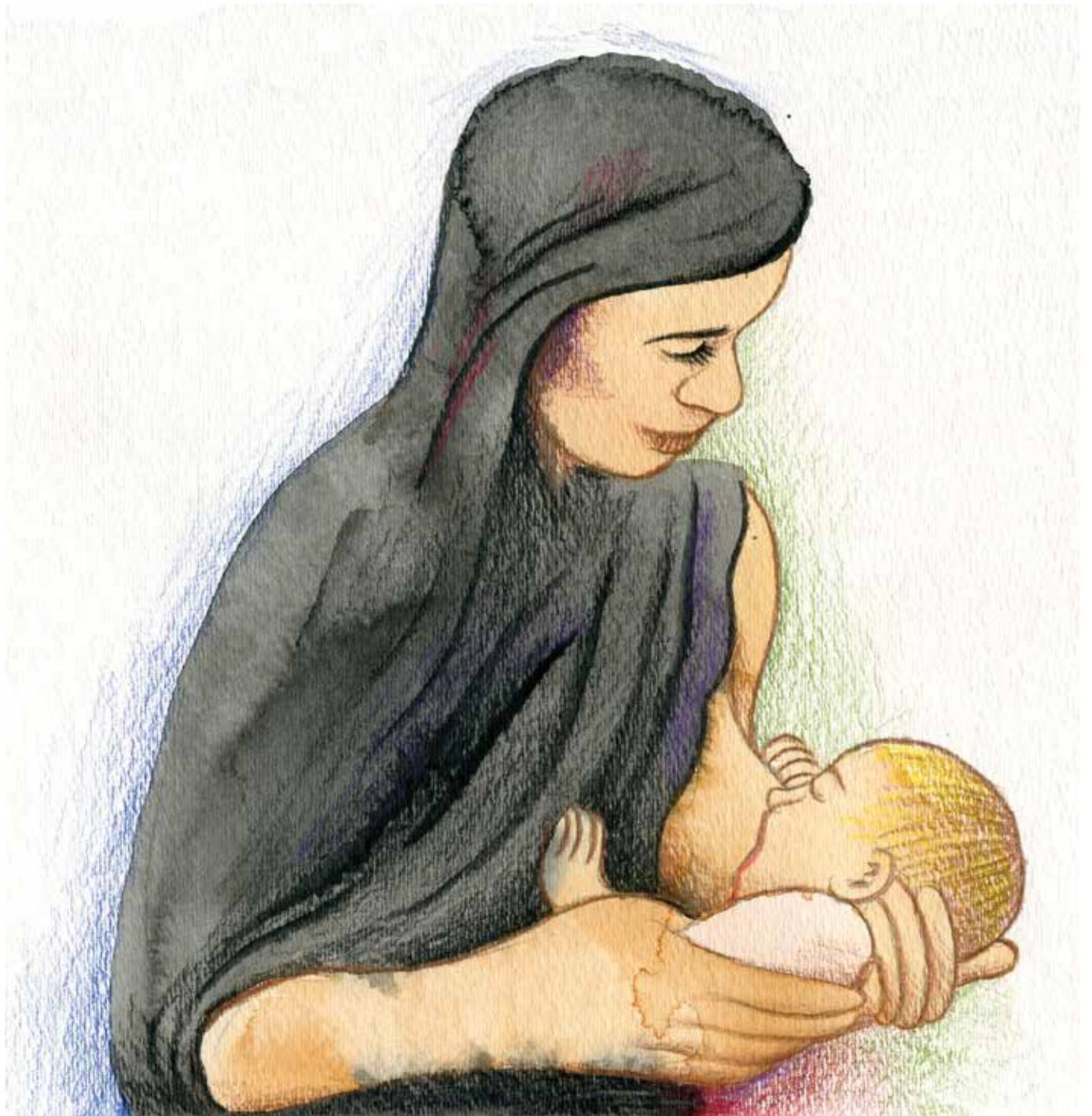
En la escuela preguntan por los padres. No puedes decir que está muerto, porque está vivo. No puedes decir exilio porque la palabra no existe en el diccionario del sistema marroquí, que llega hasta la escuela. Podrías decir que está secuestrado por el Polisario, que es lo que dice la propaganda oficial del Estado sobre los campamentos de refugiados. Pero no lo está.

—Mi madre me decía que dijera ausente, porque temía que nos detuvieran. De hecho, decidí contestar que está muerto.



Tienes un número. El 75. Ya no te llamas con un nombre en el que te reconozcas. Ahora eres 75. Si te preguntan cómo te llamas y no respondes con tu número, te abofetean. Venda de nuevo. No puedes hablar ni gritar. Si quieres decir algo o pedir algo di *Haj (jax)*. Tampoco ellos tienen nombre, ellos tienen un número con el que firman los pases de guardia y los informes del centro clandestino. Su número es un mecanismo de impunidad. El tuyo es una ceremonia del desprecio. «¿Quién te dijo que eres 75?» Llueven bofetadas. «Eres 23». Cinco minutos «¿Cómo te llamas?» Si titubeas comenzaban a torturarte. «23». «¿Estás seguro? Ya no eres 23, ahora eres 150». Un día los torturadores que aprendieron estas técnicas de despersonalización en las escuelas de inteligencia militar, te dan un número fijo. Ya pasaste por la fase de ruptura y confusión. Por la de aprender su lenguaje para protegerte. La de convertir la humillación en tu salvación. Para ellos ya has adquirido una identidad que te despersonaliza. O el intento permanente de hacerlo. Hasta se usó la religión, porque *Haj* es el buen musulmán que ha ido a la Meca. Aunque dentro de la carcasa –dentro de la frontera de los muros internos que has ido construyendo para defenderte de sus intentos de entrar en ti– te llamas por el nombre que otros –que te quisieron incluso antes de nacer– te pusieron al llegar al mundo. Hay otro mundo que no es este.





En 1976 Saleh pasó seis meses sin su madre, al cuidado de su abuela. No era el único. Otros muchos niños saharauis se quedaron sin alimento. Así, Saleh fue alimentado por 13 mujeres a quienes les iban creciendo los niños colgados a sus pechos.

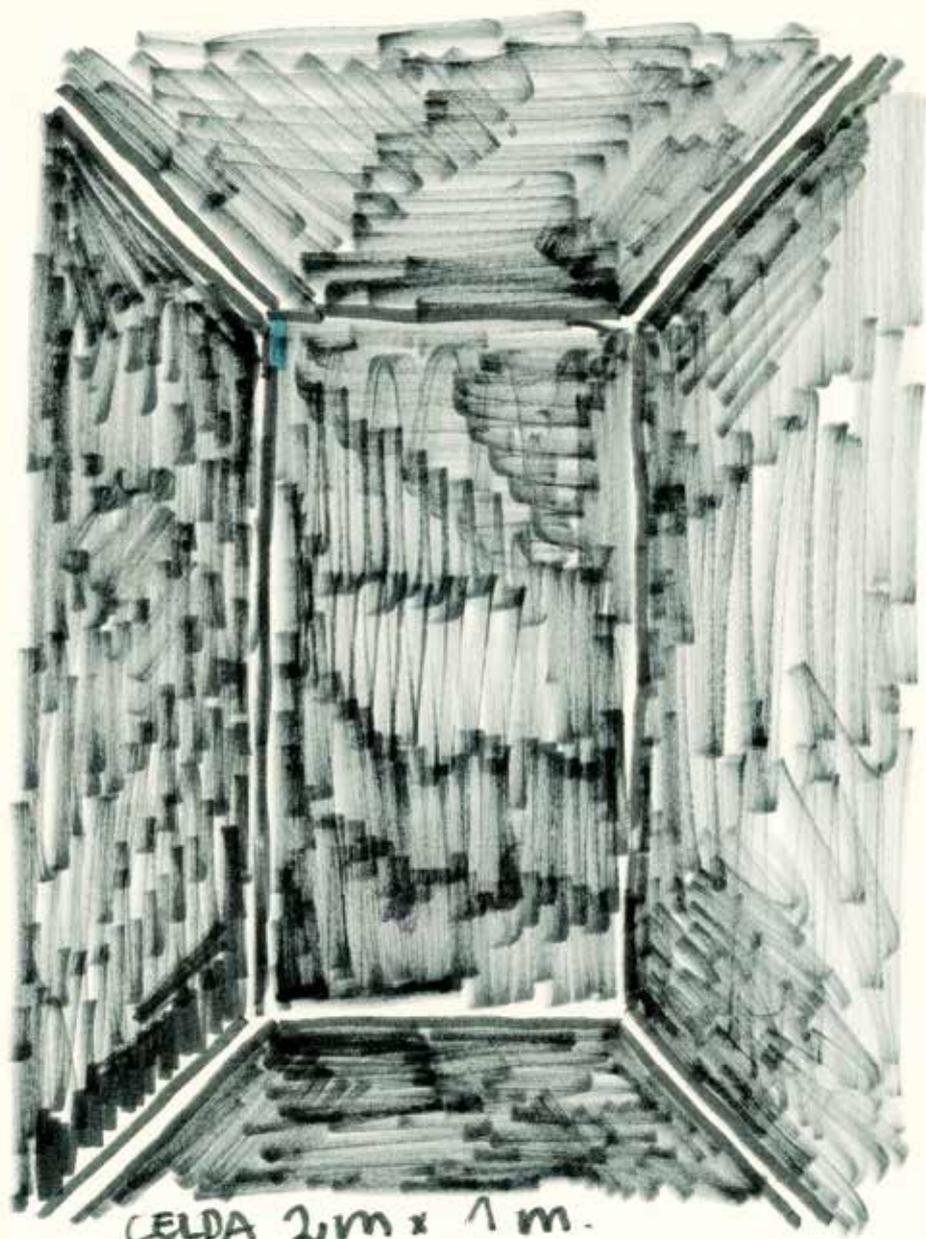
Años después, en 1984 en el sur de Marruecos, Mohamed tenía ocho años y varios vecinos y hermanos pequeños. También su madre y otras mujeres habían sido detenidas. Toma a ese niño que llora sin parar y busca, de puerta en puerta, una mujer dispuesta a superar miedos y prejuicios, y a defender, con ese gesto que es una certeza, lo más frágil de la vida.

Imagina

Diez personas en una celda pequeña. Cada uno tenía medio metro alrededor. Derecho a medio metro durante 5 años. Hace calor, hay ratas. Hay todo tipo de insectos. Pero no hay agua, ni ducha. Aquí, las enfermedades se cultivan mejor que en las estufas del laboratorio.

–Es curioso, cuando se lo cuento a la gente, a una persona que no lo ha vivido, sencillamente no te cree.

Las necesidades mínimas de agua son de veinte litros por persona al día. En este centro clandestino eran de cinco litros para diez personas, para beber, lavar, asearse. Un 2% de las necesidades básicas en una emergencia. No hay baño, solo un cacharro donde todos hacen sus necesidades. Hay gente con diarrea. Tres años sin cambiarse de ropa. Así fueron los años del centro clandestino de Agdez, donde murieron veintinueve, llevados hasta el límite de la vida.



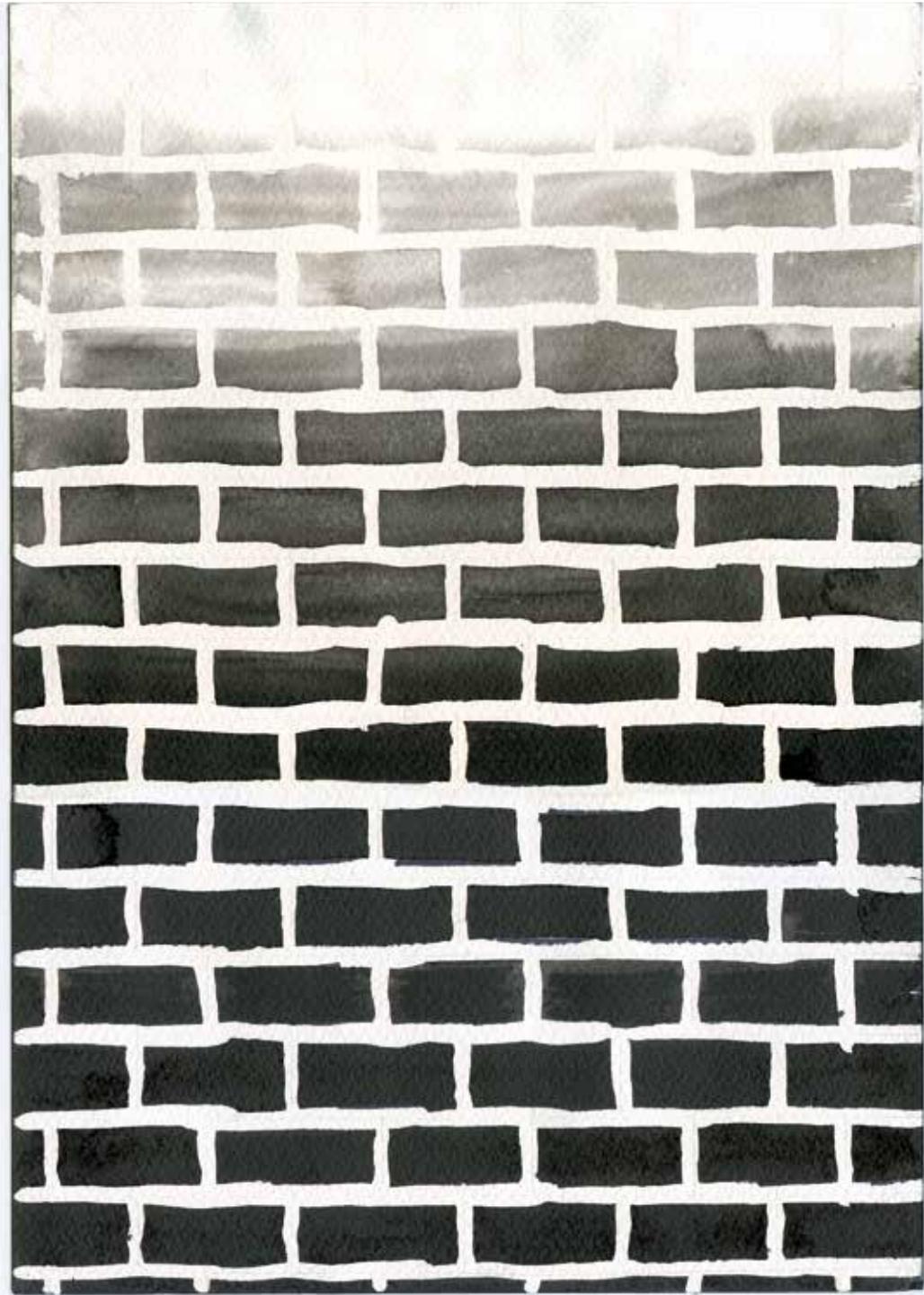
CELDA 2m x 1m.

Kalaat M'gouna

Al llegar te recibe un formulario. Tienes que rellenar la ficha. Cuatro cosas, las rellenas tú. Nombre y apellidos, fecha de nacimiento, lugar de nacimiento, fecha de ingreso en la cárcel clandestina. La última ellos, fecha de fallecimiento.

—¿Entiendes eso? No hay fecha de salida. Eso significa que nos trajeron a morir aquí. Hasta los guardias nos lo decían «habéis venido aquí para morir, no para vivir».

Cuando alguien estaba agonizando los detenidos llamábamos a los guardias, a pesar de que conocíamos las órdenes: no llamar hasta que se haya muerto.



El método de tortura era coger a uno y llevarlo hasta el abismo, hasta que perdía el conocimiento. Entonces lo dejaban y seguían con otro. Como un trapo que se estruja, como una naranja que se exprime y se tira. También dependía de la evaluación de gestos, de miradas, de silencios. O de palabras. Los torturadores siempre evalúan si pueden sacar más. Si se te escapa una palabra te torturan más, porque siempre quieren más.

–Uno que estaba conmigo, y que falleció poco después de ser liberado, es el que más torturas recibió. Cada vez que lo torturaban cantaba una cosa o soltaba una información, y entonces lo torturaban más.

Cuentan que el señor era débil. Cuando escuchas eso, también te preguntas qué significa fortaleza. Había personas que resistían más y aguantaban todas las torturas y había otros que no. Pero, cuantas más cosas contabas más te torturaban, así que el más *débil* terminó soportándolo todo.

–Un policía me dijo discretamente: «dile a vuestro amigo que intente resistir un poco más, que cada vez que abre la boca insisten en sacarle más...». Yo le dije al compañero: «Hombre, resiste un poco, ¿tú eres un hombre o una gallina?» y me contestó: «yo no soy un hombre... no soy un hombre».







Para Ahmed

El 20 de enero de 1981 los presos y presas de Agdez fueron trasladados a Kalaat M'gouna. Allí el régimen ampliaba un fortín de la época francesa, en lo alto de una montaña, con sucesivos edificios y celdas. Los planes indicaban que iban a llegar más, la mayor parte de los detenidos clandestinos saharauis serían llevados allí. Más gente, más concentración, más aislamiento, más seguridad de que nada se sabría. Allá abajo es la zona de Ouarzazet donde se cultivan flores, y hay bellos paisajes y turistas.

El traslado fue la extensión del horror de los campos de exterminio a una caja de camión. La gente tirada como un saco. Durante el traslado, las víctimas fueron atadas con cuerdas de pies y manos, los ojos vendados. A algunos las heridas de las cuerdas les duraron cuatro meses. En pleno traslado, un militar le reventó el vientre a Ahmed Suelem Terfas de una patada. Al día siguiente murió.

Diez años después, los presos fueron liberados. Poco antes, los detenidos hicieron una celebración donde uno de ellos reivindicó este centro clandestino como territorio nacional saharauí, porque fue arrancado al horror por los sobrevivientes. Esa es una conquista sin armas, de la resistencia frente a la condena a la impotencia.

El derecho de autodeterminación debería incluir, además del Sáhara Occidental, los territorios de Agdez y Kalaat M'gouna. Y el camión de ese traslado.



La construcción de un mundo dentro de otro

Los presos construyeron su mundo dentro de las paredes que habitan. Una atmósfera con tiempos, reglas y abrazos. Los *bacelotodo* tenían tiempo, mucha necesidad y trabajaban en grupo. Un mundo de educación y de respeto.

–No es agradable estar en una cárcel, pero nosotros hemos aprendido allí muchas cosas que nos han servido en la vida. Porque eso era generacional, una generación aprendía de la otra.

La *melhfa* es el vestido tradicional de las mujeres saharauis. Con la *melhfa* se cubre el cuerpo y el pelo. Con *melhfas* se hicieron jaimas en los campamentos del éxodo, cuando la gente ya no cabía en las demás, y las *melhfas* ardieron como antorchas bajo el napalm de los bombardeos de 1976. Con las mismas *melhfas* se hicieron otras jaimas en Gdem Izik en 2010, cuando las autoridades marroquíes prohibieron introducir jaimas con la gente, para que quien entrase no se pudiera quedar. Arrancar la *melhfa* es una forma de desnudo forzado, una violación de la intimidad de las mujeres. La *melhfa* envuelve los recién nacidos para dar calor a la vida que acaba de llegar. En los centros clandestinos, los hilos de *melhfa* sirvieron para pegar con saliva mensajes escritos con letras de fibra en un plato, y saltarse la prohibición de hablar. También las *melhfas* sirvieron de colador de lo que traían para comer, para filtrar el caldo y limpiarlo de los insectos y el desprecio que venían con la comida. Con trozos de *melhfa* las mujeres hicieron compresas que compartían para recoger la única sangre que no era de heridas. Y, en las noches, las *melhfas* no dejaban ver que las mujeres se quitaban las vendas de los ojos. Así la *melhfa* fue una jaima para protegerse de las inclemencias del tiempo del horror.



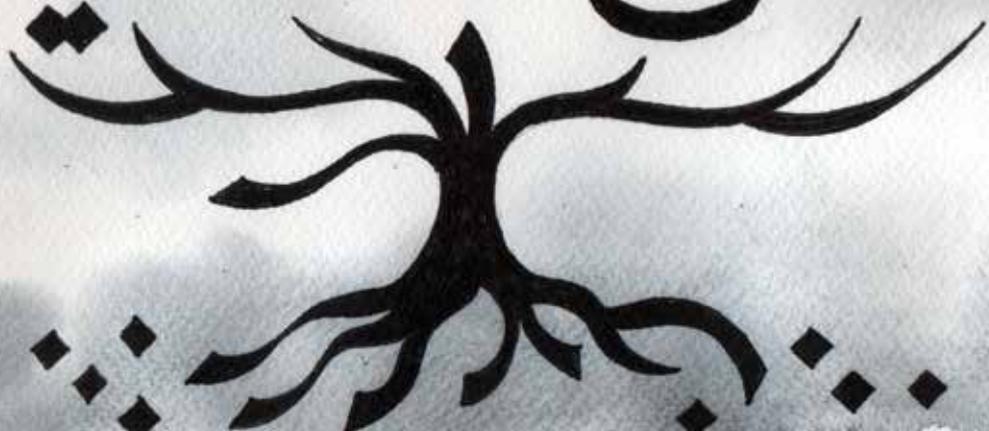
Freire en Kalaat M'gouna

Freire avanzaba en sus investigaciones sobre la pedagogía del oprimido y la concientización en los campos de Brasil, poniendo patas arriba los conceptos de la educación bancaria, cuando en el centro clandestino de Kalaat M'gouna los presos aplicaban sus métodos sin saberlo. Uno enseña al otro en una comunidad de aprendizaje.

Todo se hacía de manera clandestina, porque los carceleros habían impuesto el silencio. En el baño había un jabón, y frotando en la pared se quedaba una capa donde escribieron que eran un grupo de ocho de Dajla. Aunque el baño no tenía puerta para hacer grafitis, quien se sentaba leía lo que ahí había. También tenían una botella donde dejaban mensajes.

La imaginación se agudiza en la penuria compartida, pero también tenía sus imprevistos. Alguien de otro grupo escribió en la pared, pero tardaron cinco días en descifrar lo que decía. Ella quiso escribir «Francia» pero escribió «sidra». Daban vueltas al mensaje cada vez que alguien iba al baño, pero no había manera.

نحن ثمانية

A large, intricate black calligraphic flourish or ornament that extends from the bottom of the word 'ثمانية' (Thamaniyah) and spreads outwards, resembling a stylized tree or a complex floral design. It features multiple curved lines and sharp points, with small diamond-shaped accents at its base.

Decorative flourish

Brahim es poeta y se dedicaba a actividades culturales antes de que lo desaparecieran en 1981 durante diez años, por ser simpatizante del Polisario. Pasó tres meses de tortura brutal. Brutal es ya la pequeña parte que duele cuando escuchas los detalles del horror. Después de año y medio en un centro clandestino lo trasladaron a otro. Con el grupito de ocho triturados y maltrechos con el que sobrevivió creó un grupo de teatro. Como no les dejaban hablar, prohibidas las palabras, empezaron a pensar en escribir. Pero ¿con qué? No hay papel, ni tinta. Un carcelero les dio un pedazo de cartón de una caja inservible. En el cartón había una grapa. Con la grapa se pueden hacer agujeritos en el cartón. Así él enseñó árabe clásico a gente que no sabía leer ni escribir. Así él aprendió algo de francés. Así empezó Brahim a escribir una obra de teatro en tres actos. El primer acto se llamaba Conciencia. El segundo, Lucha. El tercer acto era un deseo y algo que ya habían hecho, Victoria. Brahim repartía los papeles entre los ocho. Como no había mucho cartón para tanta imaginación, buscaron otros métodos. Por ejemplo, con la pastilla de jabón se podía formar una película húmeda en el brazo y cuando se secaba, escribir con la grapa en el antebrazo, me dice, mientras me lo enseña y hace de nuevo el milagro. Cuando la situación mejoró un poco escribían con posos de café. O con jabón en un trocito de tela de uno de los jirones en que se convirtieron sus prendas después de años. Pero, cuando se trata de superar las prohibiciones, tan importante es escribir como borrar. Cuando llegaban los carceleros el agua del balde hacía desaparecer las pruebas.

–De esta manera superamos el analfabetismo.

Un día les llegaron cuarenta presos más, que como ellos estaban desaparecidos. Se habían pasado dos años siendo los actores y el público. Ahora tenían un gran auditorio. Y así se hizo teatro en un centro de detención clandestino llamado Kalaat M'gouna.



En el Bloque 6, junto al depósito de agua que rebosa todo el tiempo en un sitio donde la sed aprieta, hay un lugar en sombra. Él siempre se sentaba ahí, a pensar, a imaginar, a soñar. Los chicos terminaron llamándolo el rincón de los sentimientos.

–Ese ya se va al rincón de los sentimientos otra vez.

Incluso en lugares donde no hay nada –diseñados para el horror– la resistencia es capaz de crear espacios de acogida. Ahí sentado, Abdallahi pasaba las horas. Justo lo detuvieron cuando se había echado una novia que apenas había podido conocer. Así que, durante algunos ratos y horas, salía de Kalaat M'gouna y estaba con ella. No sabemos más detalles porque los sentimientos son una atmósfera que todo lo envuelve. El rincón recuperaba las pérdidas.

También los muchachos se dieron cuenta. Un día, cuando el lugar estaba vacío, Abdallahi vio sentarse a otro. Otro y otro tomaron el lugar como suyo y el rincón se hizo colectivo. Cada vez que alguien quería perderse en sus otras vidas o dar un beso prohibido, el rincón era el lugar de lo posible, y se llenaba uno a uno. O tal vez los sueños se quedaban bajo la cascada, esperando nuevos inquilinos.





La sintonía en el muro

En los lugares de la incomunicación más extrema, las paredes hablan. Los presos discutían sobre quién tenía capacidad de oír mejor. No había diapasones ni artilugios con escalas, así que la selección se fue haciendo poco a poco. De esta manera, los informativos se oían a través del muro. Los guardias tenían radio para pasar el rato, pero a los presos saharauis les interesaba más saber del mundo, así que se repartían las tareas. Cuando los guardias ponían la radio, los escuchas encendían la oreja, cada día le tocaba a uno. Después venía el proceso de socialización.

–Una vez estaba puesta Radio Nacional de España, hablando del bombardeo de Trípoli por los estadounidenses. Con el tiempo y la experiencia en absorber las ondas, los presos que se preocupaban de la información, se convirtieron en espías profesionales. Lo que yo no oía en este muro, lo oían en la otra celda o en el otro patio. Siempre teníamos información y todo lo que se decía para nosotros era interesante.

Tirachinas y mensajes

Con el hambre que aprieta, la imaginación hace de las suyas. Cuando empezó a mejorar la alimentación, eso podía medirse en comer dos dátiles. Los dátiles tienen hueso. Abdallahi hizo un tiragomas con un elástico de una ropa y un palo robado al viento. Probando, probando, empezó a tener éxito. Un hueso le dio a uno de los pájaros que veían a tomar agua. A varios.

–Les quitábamos las plumas, los poníamos al sol y después los comíamos.

Un día, el guardia lo vio y se armó la gorda. Sorprendido *in fraganti*, con el pájaro en la mano. Mientras avisaba a sus superiores, le gritó:

–¡No sueltes el pájaro!

Llegó el jefe y empezó el interrogatorio. En un centro clandestino, el «para comerlo» no es una buena razón frente a la sospecha. «¿Estarán mandando mensajes afuera? ¿Será especialista en palomas mensajeras?» En medio de la perplejidad, los captores no saben qué hacer ni qué decir. Pese a que el preso argumenta que no tiene con qué escribir, ni papel, que es absurdo... eso no le salva. Aquí, absurdo es todo. Entonces van a lo de siempre. Dos bofetadas y «lárgate». Queda confiscado el objeto sospechoso. Y los pájaros felices.



Cuando la alimentación mejoró un poco, en el agua de la sopa llegaban algunas lentejas. Mohamed Abu Jaled era profesor, y en el centro clandestino se hizo más religioso. Durante una semana guardó su ración de lentejas. No era un estudio para calcular las proteínas. Era para hacer un rosario. Gracias a esto sabemos que la ración semanal era de 99 semillas.



1989. El hombre del maletín

En clase de matemáticas, un chico extremadamente inteligente, que nunca había ido a la escuela, entendía a la primera las ecuaciones de segundo grado. Pero todavía era mejor en los trabajos manuales. Le daba a todo. Con las latas de sardinas, de las que les tocaba un ejemplar a la semana, vienen cartones inservibles. Un grupo de presos iban acumulándolos. Los otros les llamaban los *millonarios*.

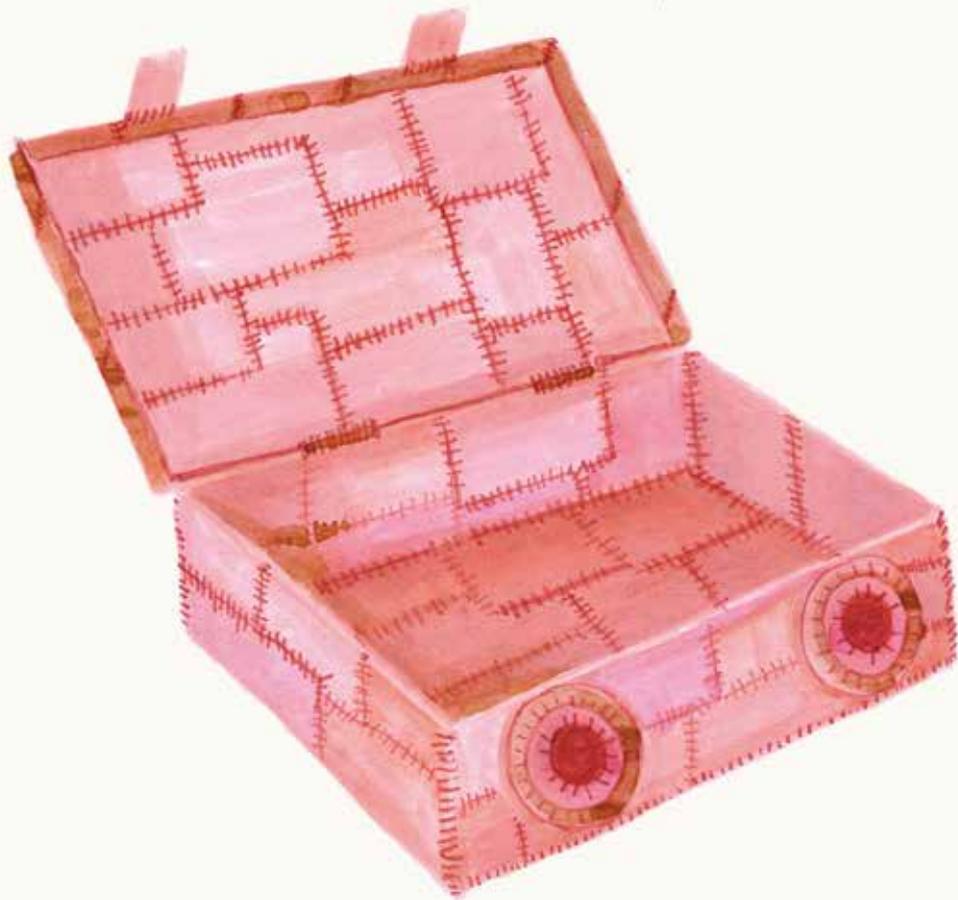
Con los cartones, Ali el sastre –que sabía de cálculo– hizo un maletín y lo forró con trozos de tela. Los demás le veían día tras día raspar la pared con un trocito de madera. No estaba tratando de hacer un túnel ni quebrar el muro. Hacía discos redondos de madera con diferentes muescas.

–Después tomaba un alambre y los unía, uno junto a otro, con las muescas en diferentes posiciones: 5, 4, 3. Igual que las cerraduras que se abren con una combinación, con unos plásticos y unas tapas de botella ponía unos números que serían la clave.

Cuando lo vieron los otros presos no podían creerlo. Yo tampoco ahora que me lo explican. El preso sastre y matemático te decía “marca tal número”. Y se abría el milagro. Un día vino el guardia a maltratar sus pertenencias. Esa tarea a la que se daban todas las semanas para quebrar la resistencia.

–Trataba de abrir el maletín y no podía. «¿Cómo se abre?». Y contesta el chico: «marque el número tal». El guardia se partía de risa; un preso qué sabrá. Lo vio el capitán y se lo llevó. Dijo: «esto se lo traigo mañana».

Y no volvió. El maletín fue objeto de un reporte oficial, de estos que se escriben al superior, aunque el verdaderamente *superior* estaba metido en una celda desde hacía años. No sabemos hasta donde llegó la sospecha, pero el preso sastre de alta tecnología y extremadamente inteligente, está aquí. Esta tarde va a manifestarse en una sentada por los derechos de los presos. Nunca falla en cualquier combinación de estos años, meses y días.



Era invierno y estaba nevando. A los presos les llevaban alguna ropa vieja, de vez en cuando, que venía de donaciones de EEUU. A él le tocó un abrigo largo que se fue rompiendo con el tiempo.

–Tenía unos doscientos parches –dice Abdallahi con su mirada precisa.

Al abrigo terminaron llamándolo el Mendigo. Calentaba muy bien y tuvo mucha fama entre los presos del bloque 6. Cuando alguien tenía frío o estaba enfermo, el Mendigo lo cuidaba. Ese día hacía mucho, mucho frío. Había un preso solo en una celda, al otro lado del patio, y nadie sabía quién era ni había podido hablar con él. Tenía los pies encadenados. Cuando lo sacaban al baño, algunas veces le daban un par de minutos para pasear un poco, y lo devolvían a la celda.

En el momento en que el guardia está fuera de la garita, la puerta no puede verse; entonces es el momento. Si vuelve a la garita, la señal del vigía es ponerse la gorra. Hay que volver rápido para no ser visto.

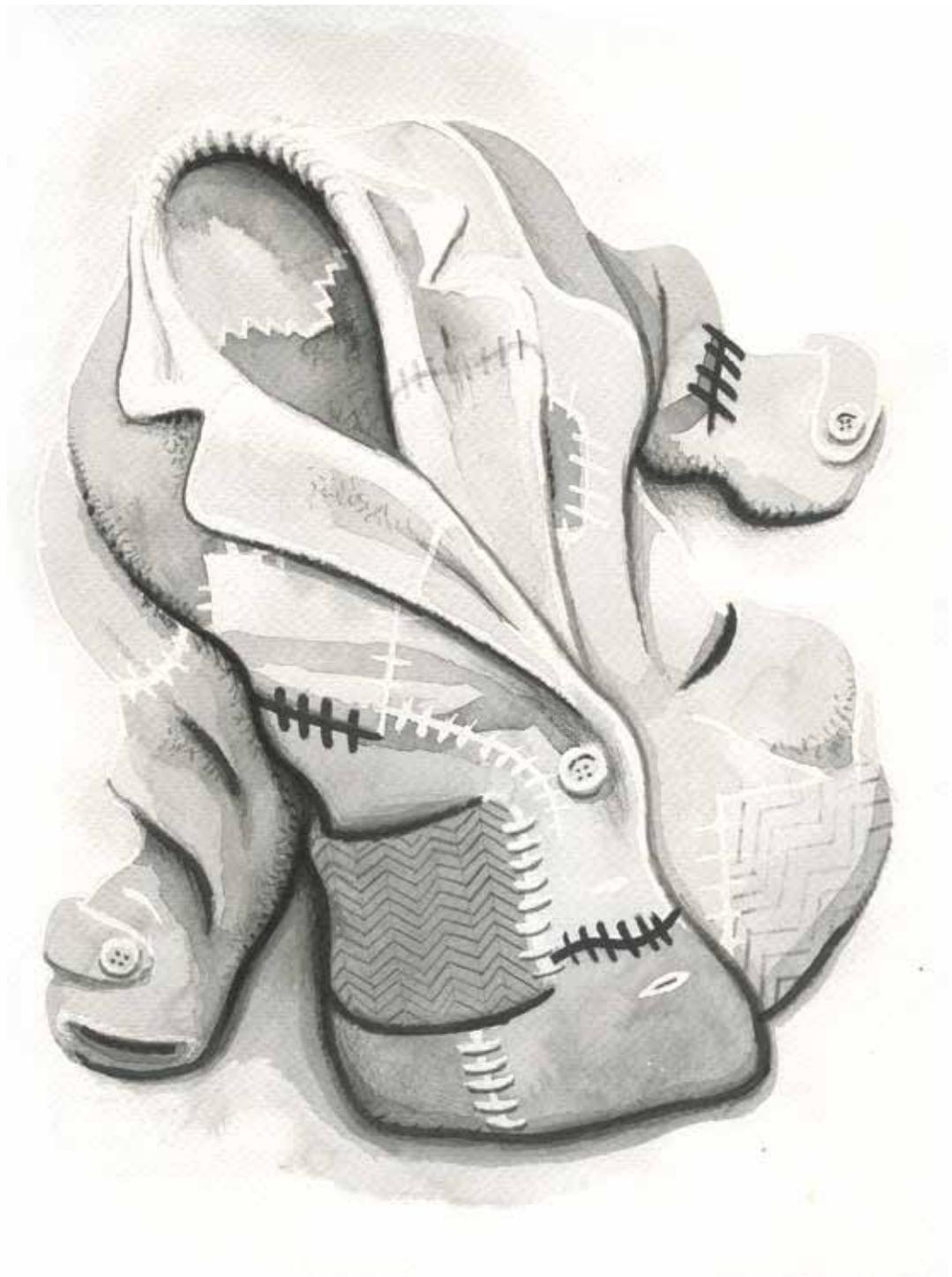
Salió y se acercó a la celda, tocó la puerta y le habló en un árabe de los países del este. Abdallhi estaba nervioso. Mirando a la gorra. Escuchando al detenido. Y tratando de hablar.

–Me dijo: «soy libanés, estoy aquí desde 1973».

Cuando le dijo 1973, Abdallahi ya no estaba viéndolo a él, su mente ya no estaba allí. El año 1973 Abdallhi era un niño y estaba jugando delante de su casa. ¿Cómo es posible que esta persona lleve tantos años en una cárcel clandestina?

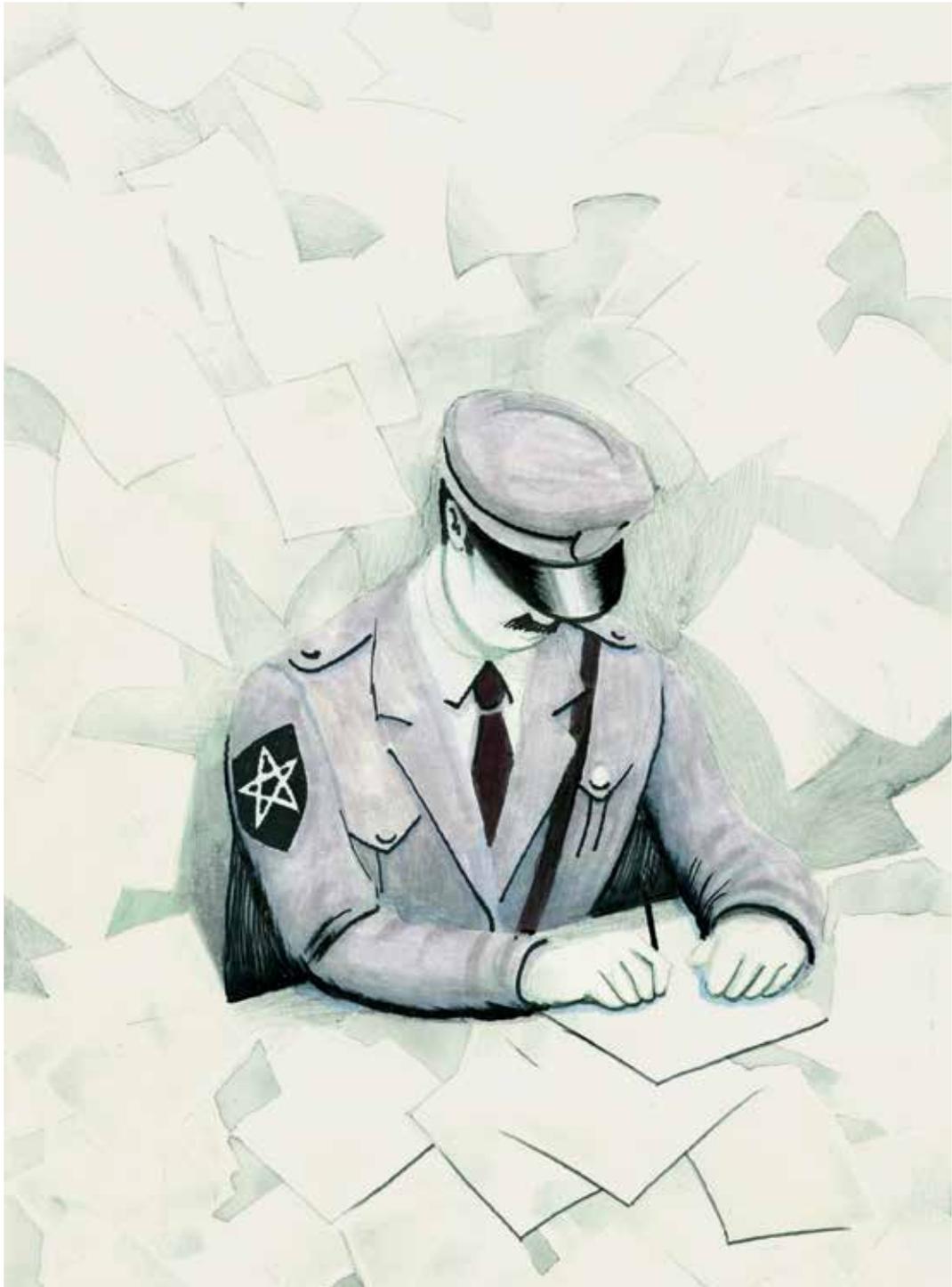
–Me dijo y «¿ustedes de dónde son?». Somos del Sáhara, del Sáhara Occidental. Dice él: «¿Sáhara español?». «Sí, sí».

Mientras Abdallhi trataba de explicarle la ocupación marroquí, llegó la señal y salió disparado. Todavía, cada vez que habla de él, la pena abriga su recuerdo. El Mendigo quiso llevárselo cuando fueron liberados en 1991, pero estaba prohibido sacar pruebas de la resistencia.



En 2005, una buena parte de la población saharauí sometida a la ocupación militar se sacudió el miedo y empezó a usar internet para comunicarse con un mundo del que habían estado aislados. Los jóvenes salieron a la calle a manifestarse contra el Plan de Autonomía que el Estado de Marruecos se sacó de la manga para tratar de quitarse de encima las resoluciones de NNUU que reconocen el derecho a la autodeterminación. Poco antes, los familiares de desaparecidos de Smara ya habían empezado a movilizarse y a hacer sus demandas a las autoridades marroquíes. Un día, dos de esos hijos que buscan a sus padres volvían a las 8 de la noche de El Aaiún. Como siempre que te desplazas, por esas tranquilas carreteras encuentras controles a cada rato. En la entrada de Smara les quitaron todos los documentos que traían: papeles de sus reuniones y dossieres sobre casos. Tras horas de interrogatorio y registro, les dijeron que se fueran sin sus documentos. Pero los documentos habían venido con ellos y se irían con ellos, así que se negaron. Entonces el gendarme, que tenía órdenes, cogió un cuaderno y se puso a copiar. No había fotocopiadora, así que le tocó hacerlo a mano. A las 4 de la mañana, cuando el tiempo había pasado lentamente, como la letra del cuaderno, llegó el cambio de guardia y el nuevo oficial liberó a los documentos del suplicio y a los jóvenes de su paciencia.

Cuando fueron a poner una denuncia en el tribunal les dijeron que habría sido un error.





228 camellos y 221 cartas

Y 150 cabras. Ebchirna Learousi era pastor de camellos. La suya era una familia rica de nómadas. Un camello es la vida en un territorio como el desierto. Te lleva, carga, acompaña, y defiende del frío y del olvido cuando no hay caminos. El camello nunca se olvida. Su madre y Ebchirna fueron detenidos y desaparecidos. Él durante un mes. Ella durante seis. Cuando recuperó el aliento, Ebchirna fue a reclamar sus camellos. En medio del terror, cuando toda la gente huía de las autoridades marroquíes, él fue a encontrarlas con el valor y la convicción de la injusticia, con la ingenua osadía de una proporcionalidad que no funciona en la guerra: «no he hecho nada, devuélvanme lo que es mío».

El pillaje fue durante esos años una práctica habitual contra los saharauis, y una forma de concentrar a la población en las ciudades. Todas las guerras contra la gente buscan su forma de concentración porque la destrucción sola no sirve: hay que controlar. El desierto quedó vacío con la persecución a todo lo que se movía.

228 camellos son muchos, uno por carta. La primera vez que reclamó por escrito, fue el 21 de febrero de 1978. La última, el 27 de diciembre de 2008. Treinta años escribiendo en un insólito ejercicio de resistencia frente al desprecio. Cartas enviadas a veintisiete diferentes tipos de autoridades de Marruecos: reyes, ministros, gobernadores y siempre la respuesta del silencio. Además de las cartas, visitó, habló, llamó a despachos y uniformes. De la indiferencia y la perplejidad del atrevimiento, llegaron hasta la amenaza: «mejor desaparece si no quieres problemas». Pero llegó el tiempo de la burocracia y aquí, entre las manos, tenemos la respuesta. La IER, en la instancia 924 del folio 480 del 09/08/2008, señala que no es competente para el caso, porque su mandato se centra en la desaparición forzada y la detención arbitraria. También dice que Ebchirna dejó sus camellos y sus cabras, y que fue transportado por el Ejército Real.

La verdad parece que no era tampoco parte del mandato.

Una parte del horror es que no pasa nada. La sobrevivencia es el único tema todos los días y de ese no se puede hablar. Pero cada uno de nosotros tiene dentro muchas historias para contar. Así que, si no hay vida fuera, tendremos que tirar con la de dentro, y convertirla en atmósfera y paisaje.

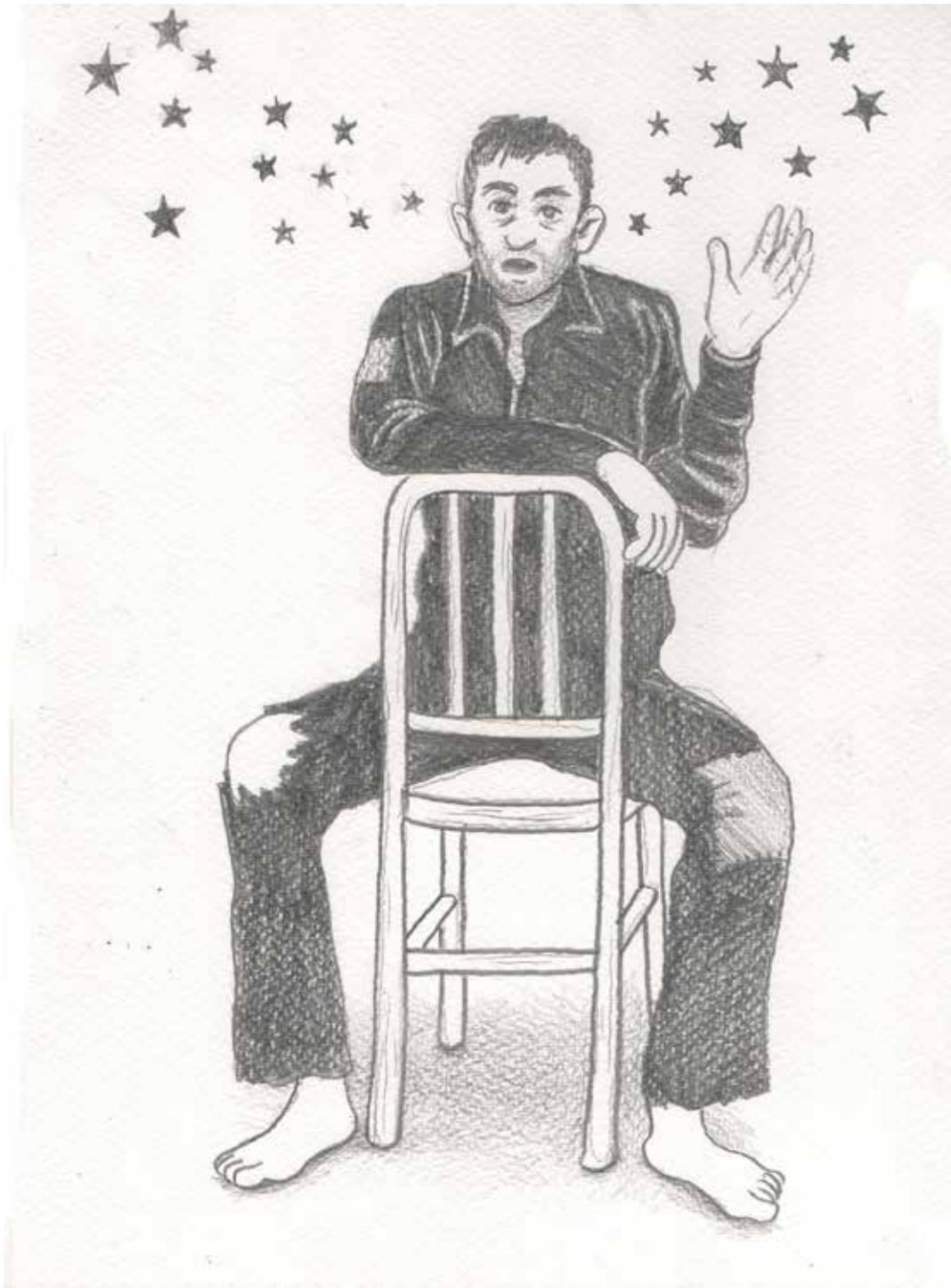
–Nos organizábamos para que cada uno nos contara su vida.

Pero claro, al cabo de un año, se empezaban a escuchar repeticiones, como el abuelo que cuenta a los nietos sus historias y leyendas: «ya, venga hombre, esto ya nos lo has contado».

Así que después de que las repeticiones se repitieran, los presos decidieron crear un tribunal que se llamó la *Silla de la Verdad*. Cada semana le tocaba a uno y todos los demás le preguntaban. Las preguntas eran sobre todo, incluso sobre cosas muy íntimas. «Háblanos de tus amores. ¿Te measte en la cama? ¿Alguna vez robaste dinero a tu madre?». Si mentías o te negabas a responder, te castigaban con tres horas de no hablarte, o eras excluido de preguntar.

–Imagínate diez personas que te bombardean a preguntas inimaginables, preguntas sin límite. Era muy entretenido.

Pero el tribunal también terminó sabiéndolo todo. Así que llegó la época de *la historia ficción*. Cada uno daba rienda suelta a su imaginación e inventaba una historia que podía durar horas, una historia con sus personajes, guión, todo. Además había que prepararlas. No se trataba de un campeonato, pero hubo historias que duraron más de dos días. La literatura oral es un antídoto contra el tiempo envenenado.





Enric había estado en los campamentos de refugiados saharauis en el año 2004. De esta primera estancia le tocó la conciencia de las cosas que nos duelen, y en su despedida le regalaron una bandera de la RASD que le acompañó en la pared que viajó con él por tantos lugares donde le tocó vivir. La bandera por la que tanta gente fue detenida en el Sáhara, y que tantas veces formó parte de los interrogatorios bajo tortura: «¿quién tejió las banderas?» La última pared era de nuevo la de su habitación en los campamentos de refugiados donde regresó a trabajar.

Él y dos compañeras cooperantes fueron secuestrados esa noche, cuando hombres armados de gatillo fácil buscaban carne fresca para vender. Su fémur quedó fracturado por una bala, mientras viajaron por el desierto huyendo días largos de

arena. Después de tres meses, hombre y mujeres fueron separados, no se sabe si por separación de sexos o por las razones operativas que llevan a dividir el riesgo mientras se multiplica el sufrimiento.

La soledad no acompaña. Mientras el tiempo pasa y te domina, tienes que tratar de no perder la cordura. Lo que nos devuelve la dignidad empieza, tantas veces, por cosas sencillas, por las manos. Había hilo, no las había pero consiguió tijeras y aguja. Su madre no sabía que él sabía coser. Él tampoco, pero aprendió volviendo a las memorias de la infancia y, sobre todo, probando a tropezarse con los dedos.

El tiempo lleva a veces a rebuscar en él como un baúl donde sacas todo con urgencia hasta que encuentras lo importante: por qué estás aquí. Enric sabía que su secuestro había tenido gran impacto en los campamentos y que serían muchos los saharauis que estaban pendientes de ellos y rezaban por su liberación. Lo sabía porque lo sabía. Cuando ya no podía más decidió reafirmarse en sus convicciones, y buscó en la causa saharauí su tesoro. Así que, aunque esta vez no tenía pared donde colgarla, decidió tejer su propia bandera. Aquella hacerla suya.

Hacer un plan. Lo primero los colores: negro, blanco, verde y rojo. Un trozo verde de turbante. Un negro pedazo de pantalón vaquero. Hay un trozo de tela blanca en el suelo pero no hay rojo por ninguna parte, aunque la bolsa de dátiles es violeta.

–Empecé a coser.

Tres tardes se tardó el tiempo. Los muyahidines miraban con curiosidad la locura de Enric pero cuando vieron su trabajo trataron de quitársela, porque según ellos –que se creen la mano vengadora de un dios compasivo que no les dio ese permiso– solo hay una bandera. Mientras tanto, quedó escondida hasta que llegara uno de los jefes, pero Dios pareció estar más de acuerdo en el olvido.

Cuando fue liberado, bien dobladita, volvió con Enric desde el suplicio a su nueva vida. A esa que vuelve a empezar para los tres. La bandera saharauí fue su regalo para Carles. Su hermano había convertido, en esos nueve meses, su vida en su causa. Qué mejor lugar que esa otra pared para esta otra bandera. A mí no me gustan las banderas, pero esta tiene algo que es parte de una forma de nosotros.

Aminatou estaba tan débil que no daba para sacarla a la calle ahora que ya la decisión estaba tomada. Así que la llevaron al hospital para ver si mejoraba su salud, y sobre todo su aspecto. Faltaban solo catorce días para que los desaparecidos en los centros clandestinos fuesen reconocidos y liberados por el régimen marroquí en 1991; aunque nadie lo sabía todavía.

Un enfermero saharauí sacó en silencio la noticia. Apenas un susurro para enviar a la familia. Aminatou estaba con vida aún y estaba aquí. Había sido detenida y desaparecida junto con otras muchas personas que pretendían hacer una manifestación ante la visita de Naciones Unidas para preparar el referéndum. De eso hacía casi cuatro años. La desaparición es un agujero negro que se lo traga todo.

Su madre llegó una noche sigilosa y pidió a la policía que la dejara entrar. Y la policía –sigilosa también– se saltó las reglas de lo prohibido.

«Horrible» es la palabra que sale de su boca, aunque entonces no salió ninguna. Cuando hay tantas cosas que decirse solo alcanzan lágrimas y besos. Lloro que te llora, el tiempo llegó. Apenas unos minutos y ya. Así se despidieron, una de la otra, entre los dedos.

Aminatou pasó toda la noche sin dormir. Imposible después de esa presencia que era, de nuevo, un cordón umbilical que le unía a la vida como antes le habían unido los recuerdos. Después, el insomnio se hizo aliado del olor de su madre entre las manos. Aunque el tiempo se hubiera acabado, pasó toda la noche con ella.



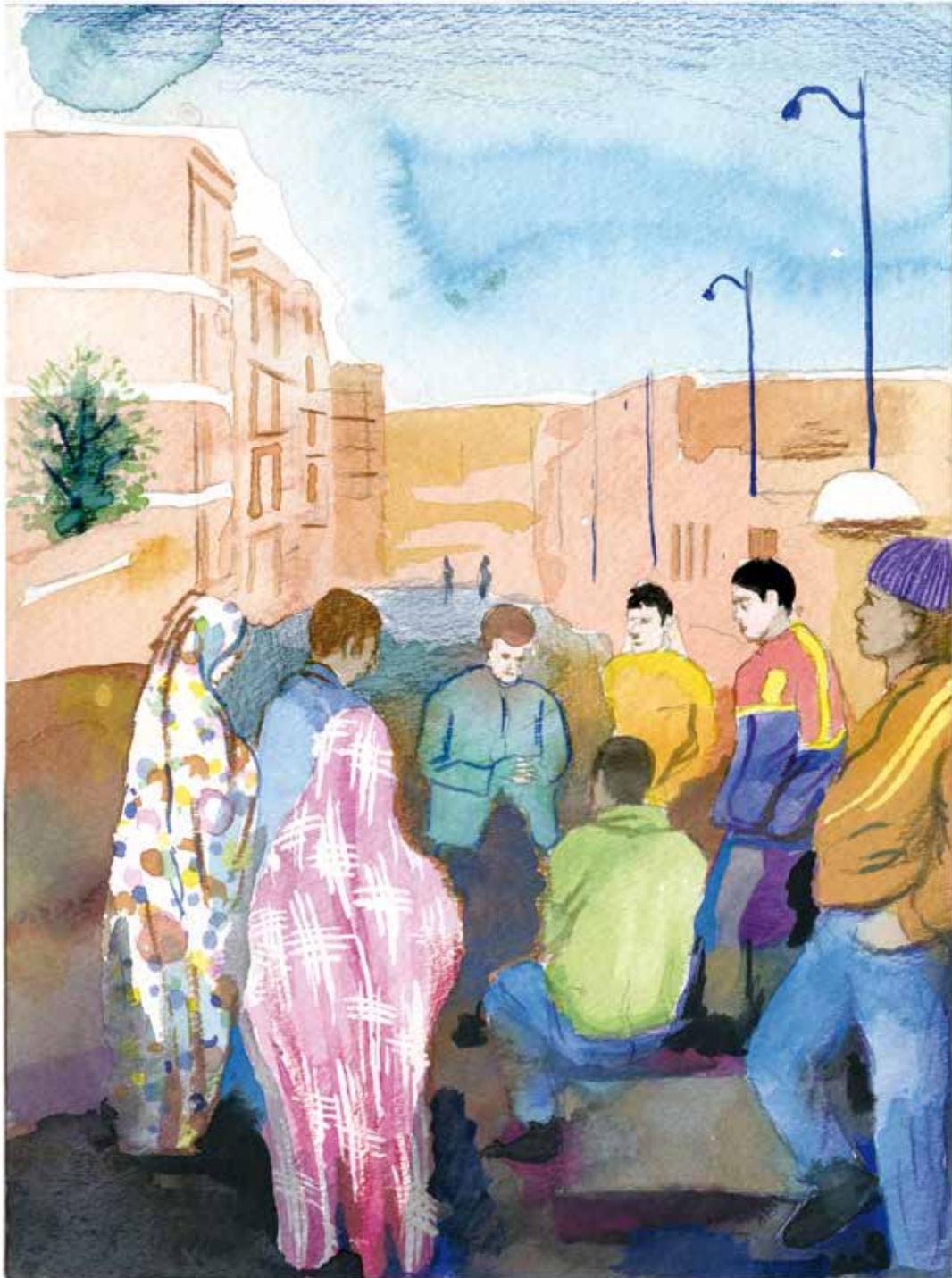
Los más vulnerables

Mohamed Bachir perdió la cordura. Desde que fue detenido, los guardias le llamaban el Loco. También su madre estuvo detenida en el mismo centro. Después de meses de insistir para verlo, le hicieron una concesión. «Ven a ver a tu hijo el Loco». Él no la reconoció. Ella lo abrazaba, le daba besos, pero se quedó mirando solamente. Le decía: «soy tu madre, tú eres mi hijo y te llamas Mohamed Bachir Leili ¿te acuerdas de cuando eras pequeño lo que hacías jugando conmigo?» Después de media hora de silencio, respondió: «Ahora sí que estoy seguro que eres mi madre».

Pero estaba ido. Más tarde lo trasladaron a la celda de su hermano. A veces pasaba cinco días sin moverse de su sitio, se orinaba sin reaccionar. Después de la liberación en el año 1991, las propias autoridades lo llevaron a un hospital en la ciudad de Salé, cerca de Rabat. Había empezado a hablar de nuevo, a preguntar, hasta un día que desapareció. A la familia le avisaron de que había un cadáver en la playa. Los familiares encontraron ropa de su hermano entre la arena. La ropa a un lado, al otro su cuerpo. Cuando fueron a buscarlo al depósito de cadáveres, les dijeron que no había nadie con este nombre allí. Pidieron ver todos los cadáveres. Les dijeron que solo había un viejo marinero que se llama Omar y era de Swira. Insiste que te insiste, les dejaron verlo.

—Este señor era mi hermano. Le han dado otro nombre, otra edad y otra ciudad de residencia. El Procurador General rechazó realizar cualquier investigación bajo el argumento de que se ahogó en el mar. Pedimos que se investigara cómo esta persona enferma se desplazó de El Aaiún hasta la playa, a 25 km, en un tiempo muy corto. Descubrieron que su ropa estaba rota, había cal en su camiseta y tenía marcas en su cuello.





Algo era distinto. No solo habían pasado los años, también el Sáhara había cambiado. De los días en que fue detenido al llegar la ocupación, a los días en que salió de la prisión clandestina, habían pasado once años. Uno pensaría que sería por la militarización, por los años que pasaron o lo que llamamos edad, pero no.

–Lo sentí en las paredes, en los colores, en el dialecto en la calle, en los habitantes, en la familia. Todos tienen miedo de ti cuando vas a visitar a algún tío, sientes que no les agrada esa visita porque a lo mejor los llaman para ser interrogados.

El cambio tiene que ver con sentirte extranjero en tu territorio y dentro de tu propia sociedad y familia, cuando tus amigos te dan la espalda. No es ese el mundo que tenías, en el que creciste. Hay una forma de sentirse extranjero de un mundo que era y otra de lo que desapareció del mundo que querías.

Y luego está el cambio en ti.

–Antes era una persona sociable, tenía muchos amigos. Después me veían como si tuviera una enfermedad contagiosa. Me preguntaba por qué me miran así, por qué me tratan así si no he hecho nada malo, lo único que estaba pidiendo era justo y legal, por qué no estaban en mi bando. Te planteas muchas preguntas y sientes una incertidumbre que no te aclaras. Algunas veces sientes que no sabes qué hacer. Fue una etapa muy dura y lo es para cualquier ser humano. Estaba siempre vigilado. Vivía con mi madre. En los tiempos difíciles te aferras a las certezas. Era la única persona que me podía soportar.

Unos jóvenes, hartos de estar hartos, deciden huir. No es un buen día, porque es 20 de junio de 1993 y hace mucho calor para atravesar el desierto. Hay que cruzar el Muro que está lejos. Hay que salir hacia otro lado para que nadie sospeche, y volverse en un recodo del camino para tomar rumbo. No hay agua, hay alguna jaima donde ir a pedir, pero no hay que decir. Seguir el camino. Es de noche. El Muro está ahí. Hay minas y postas militares. No se puede andar por tu propia tierra. Cruzar el muro está prohibido, pero no se sabe por qué. La MINURSO hace dos años que está instalada y vigila el alto el fuego. Los muchachos corren cuando ven a los militares marroquíes, corren sin saber porque es de noche. *Pum pum*. Nadie sabe dónde ha quedado el otro. Mariam Lahmadi fue detenida junto a otro muchacho que quedó perdido. Tres lograron huir y pasar al otro lado, y correr y correr hasta sentirse libres. Fatma no pudo. Después de seis meses Mariam fue liberada, aún no se sabe cuál fue su delito. Los delincuentes que la detuvieron y la golpearon después, tienen uno con nombre conocido: detención arbitraria y tortura. Y tienen otro que se alarga hasta nuestros días en el caso de Fatma: desaparición forzada.

Dieciocho años después Mariam está aún triste. Reclamaron durante años ante las autoridades, pero les dijeron que Fatma habría huido. En diciembre de 2010 el nombre de Fatma apareció en el listado de las personas que el Estado de Marruecos da por muertas: «según indicios, ha fallecido en la temporada del arresto». El derecho a la verdad y el derecho al duelo son parte de los derechos humanos que siguen violándose, porque el delito, como la tristeza, todavía no termina.



La escuela pública es el lugar de formación pero la geografía es marroquí, el himno que tienen que cantar también y la expresión de las ideas de autodeterminación o la afirmación de su propia identidad, pueden ser convertidas en motivo de expulsión. Hay muchachos y muchachas que quedan así en la cuneta de su propio desarrollo. Fadah fue detenida, en 1993, por participar en una manifestación pacífica. Seis meses estuvo desaparecida con la espalda rota. Después de ser liberada quiso retomar sus estudios, a pesar del miedo y los dolores que aún arrastra. La dirección dice que no puede admitirla, que hable con la Delegación de Educación. La Delegación dice que vaya al Gobierno de la Provincia. Allí que son el ministerio del Interior, no de Educación.

–En este momento sé que ya no puedo ir más a la escuela. Quería integrarme en la sociedad pero no tenía medios para ir a colegios privados.

Así que volvió a hablar con la dirección de la escuela para pedir un certificado de escolaridad. El certificado tenía notas puestas en la época en que estuvo desaparecida y su registro escolar estaba alterado, con suspensos a exámenes o materias a las que no pudo siquiera presentarse. La mano que cambió las notas usó un baremo que no se usa en la escuela. No hay que hacer pruebas de huellas dactilares para saber quién cometió el delito.



Los sentimientos es lo último que puede robarse. Antes se va la razón, antes el cuerpo se rompe o se pierde la salud. Pero los sentimientos siempre nos protegen, hasta cuando el dolor se usa para quebrar tu yo. También es una cebolla de muchas pieles cuando el miedo aprieta durante décadas. Bazeid volvió a ver a su padre treinta años y varias condenas de cárcel después, cuando visitó los campamentos de Tinduf mediante el programa de visitas de ACNUR en el año 2006. Cuando el exilio no es solo de tu tierra o de tu país, sino de tu propio hijo o madre, no hay palabras que lo describan. En el caso del Sáhara Occidental esto es una experiencia común. En otros recuentros los familiares que no se veían, ni escuchaban, ni sabían desde décadas rompieron a llorar y se abrazaron. Qué más. Otros saltaron locos de alegría, y solo llegaron a decir: indescriptible. Bazeid llegó treinta años después para cinco días pero, entre la cantidad de gente que había que visitar, solo pudo estar una hora con él.

Cuando vieron a su padre, todos sus hermanos empezaron a llorar. Pero él no. Entonces, su padre que sabe qué ayuda a sobrevivir a los andares duros de la guerra y las resistencias del refugio, dijo:

–A mi hijo le quitaron los marroquíes el cariño, ya no llora.

Aunque Bazeid sabe que nadie le quitó lo que es más suyo, quería demostrarle que ya no era un niño. Pero tampoco le dijo que era un hombre que estaba cumpliendo un sueño. Su padre quería quedarse con él, que no regresara al riesgo de nuevas cárceles y nuevas condenas.

Ninguno de los dos tuvieron el tiempo de probar que los militares no tuvieron el poder de quitarles lo que esos pocos minutos también les robaron.



Gdeim Izik

Una jaima llama a la otra. Empiezan siendo diez o doce. Son gente que reclama su derecho a la vivienda. Saharaui marginados en su tierra. Los derechos económicos y sociales son la expresión de otros llamados civiles y políticos. Aunque todos son simplemente humanos, como el de la identidad. Esta vez la protesta no es en las calles, donde es fácil hacerles emboscada o acusarles de bloquear el tráfico. Esta vez es en el desierto, a 15 kilómetros de El Aaiún. Poco a poco, y en una ráfaga del tiempo, las jaimas son miles. 20.000 personas es más del 10% de la población saharauí. Algunas están hechas solo de melhfa, porque los militares marroquíes cercaron el campamento y prohibieron la entrada de jaimas. El campamento acogía ya a trabajadores de Fosbucraa, a jóvenes sin trabajo, a mujeres divorciadas sin derechos. También a ex presos políticos. O simplemente gente que quería estar junta en un espacio en el que reconocerse como iguales.

—Ahí, por primera vez en mi vida, me sentí libre —dice Yadashi.

El enfermero, que atendía a la gente del campamento con diarrea o dolores en un dispensario improvisado, terminó con la pierna partida en dos, pero tiene el mejor recuerdo de los días aquellos; antes de que las autoridades marroquíes decidieran terminar con la experiencia pacífica. Después vinieron la violencia, la ira y el miedo. La muerte, la tortura y la arbitrariedad disfrazada de juicios. Pero la gente guarda otro recuerdo: «parecía imposible, pero lo hicimos».





Después de Gdeim Izik

Una botella de litro de vidrio, fría. Un descampado, un lugar de noche en un desierto vacío. Un coche con luces frente a ti. Un cuerpo desnudo y atado, el tuyo. Golpes. Agua fría. Ahí cavan una tumba, eso dicen, eso se escucha. Ahora verás.

–Ya no serás un hombre –dice el mandato.

El estigma de la violación teje también el silencio en el relato de los hombres. La violación deja heridas que curan, cicatrices que necesitan su reconocimiento y dolores que no se quieren ir.

–De todo lo que pasó, eso es lo que más me duele.



con 19 años es detenido
4 DIAS VENDADO Y ATADO

Said Dambar estuvo año y medio en un frigorífico. Después de ser asesinado con un tiro en la frente por un policía, la familia pidió que les dejaran verlo en el hospital. Después, que se le hiciera una autopsia. Esa tarde había ido a ver un partido de fútbol con un amigo. Los policías dijeron que el arma se les disparó cuando estaban limpiándola. Luego lo negaron todo. En el tiempo frío de la morgue pasa, mientras allá afuera la familia lucha y se empeña. No parece una reivindicación revolucionaria hacer una autopsia en una muerte violenta. Pero, para el Estado de Marruecos, en el Sáhara eso es subversivo.

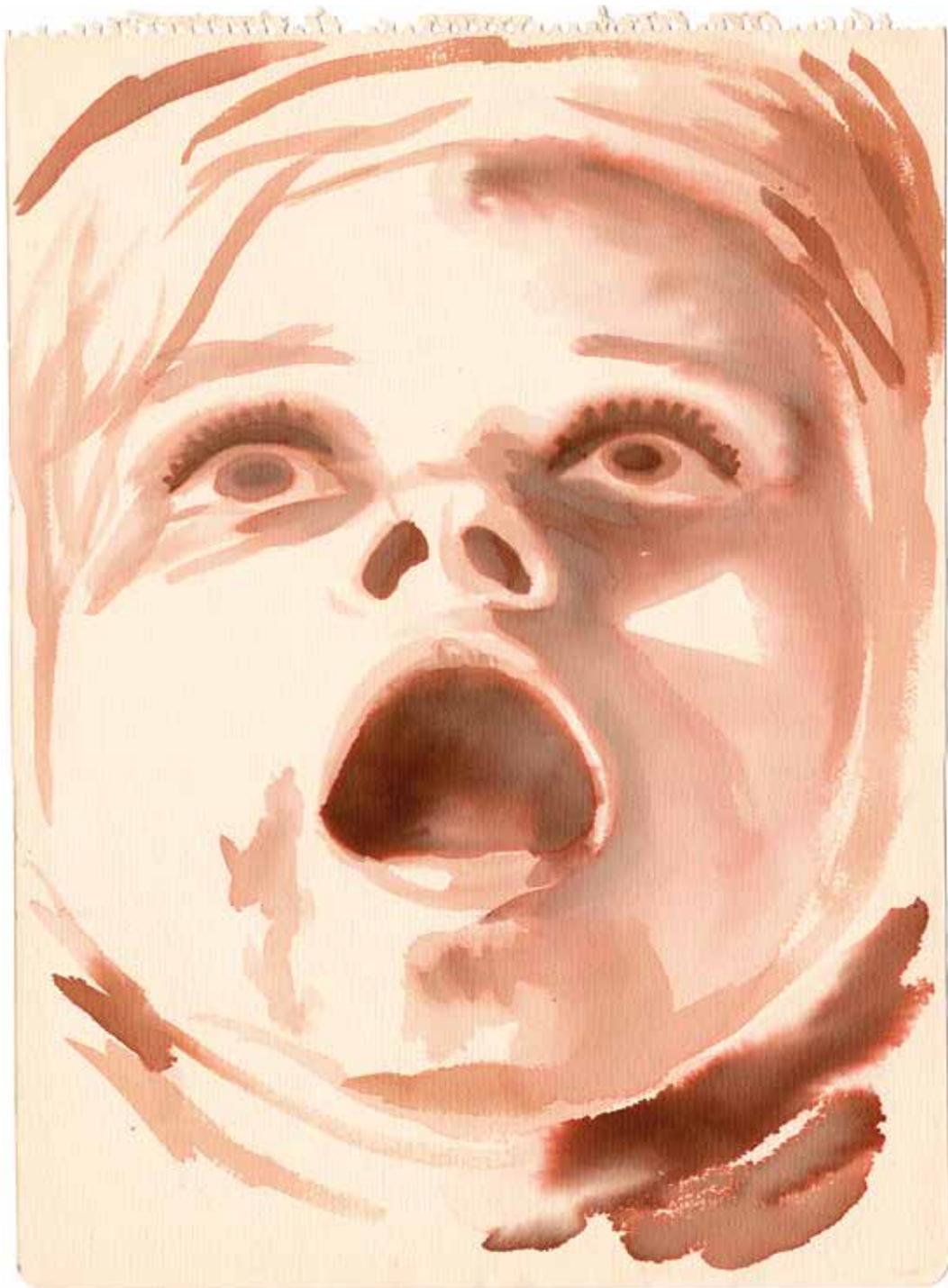
Mientras su familia en sueños lo abrazaba, él seguía a ocho bajo cero. Una noche, clandestino, se hizo el entierro sin que la familia estuviera presente. La verdad, que no puede saberse, tampoco puede tener testigos.



SAID DAMBAR

La venda, el avión colgado de una barra, no dejar dormir, de rodillas contra la pared. Golpes cuando pasa alguien. «Firma aquí». Un guardián dice que no sabe lo que está escrito y trata de darme ánimo, ya que él no puede hacer nada: «¡Qué Dios te ayude!». Una celda de doce metros con ochenta detenidos. El juez señala un *periódico de acusaciones*: organización de pandillas criminales, sabotaje de las propiedades ajenas, asesinatos y varias más. Le digo que me han torturado, que mire mi cara, le enseño mi espalda, le digo que me han violado. Pasar a la cárcel, donde la bienvenida es una fila de porras que te esperan. Mustafa el Pitbull tiene nombre y práctica de depredador. No conozco a nadie en la celda, cuando digo mi nombre nadie me conoce. Duermo un rato. De nuevo a la furgoneta y a la comisaría. Ya no hablan conmigo, colgado me pegan hasta que pierdo la capacidad de sentir el dolor. Me llevan donde mis amigos: Abdallahi el responsable de seguridad de Gdeim Izik, y el líder del campamento Abdeljalil. Abdallahi no habla, solo repite «Alá, Alá». Abdeljalil solo susurra su dolor. Otra vez colgado, de nuevo preguntas, relaciones, Canarias, familiares en los campamentos. No es el año 1976. Estamos en 2010. Me llamo Omar N'Dour.

Cuando hacemos un taller para formación de los defensores de derechos humanos sobre el trabajo con los testimonios, él asiente con cabeza y cuerpo. Hablamos del trabajo con las víctimas, de la recogida de testimonios. De la acogida y de la objetividad. De la confianza y de la autenticidad. Al día siguiente, comenzamos con algunas entrevistas, llegan víctimas a traer sus historias y vidas. El cuarto que entrevisto este día largo es él. Cuenta la historia que ha vivido incluyendo los detalles que no quiere recordar. Y yo pruebo a practicar, y a estar a la altura de lo que ayer me tocó enseñar.

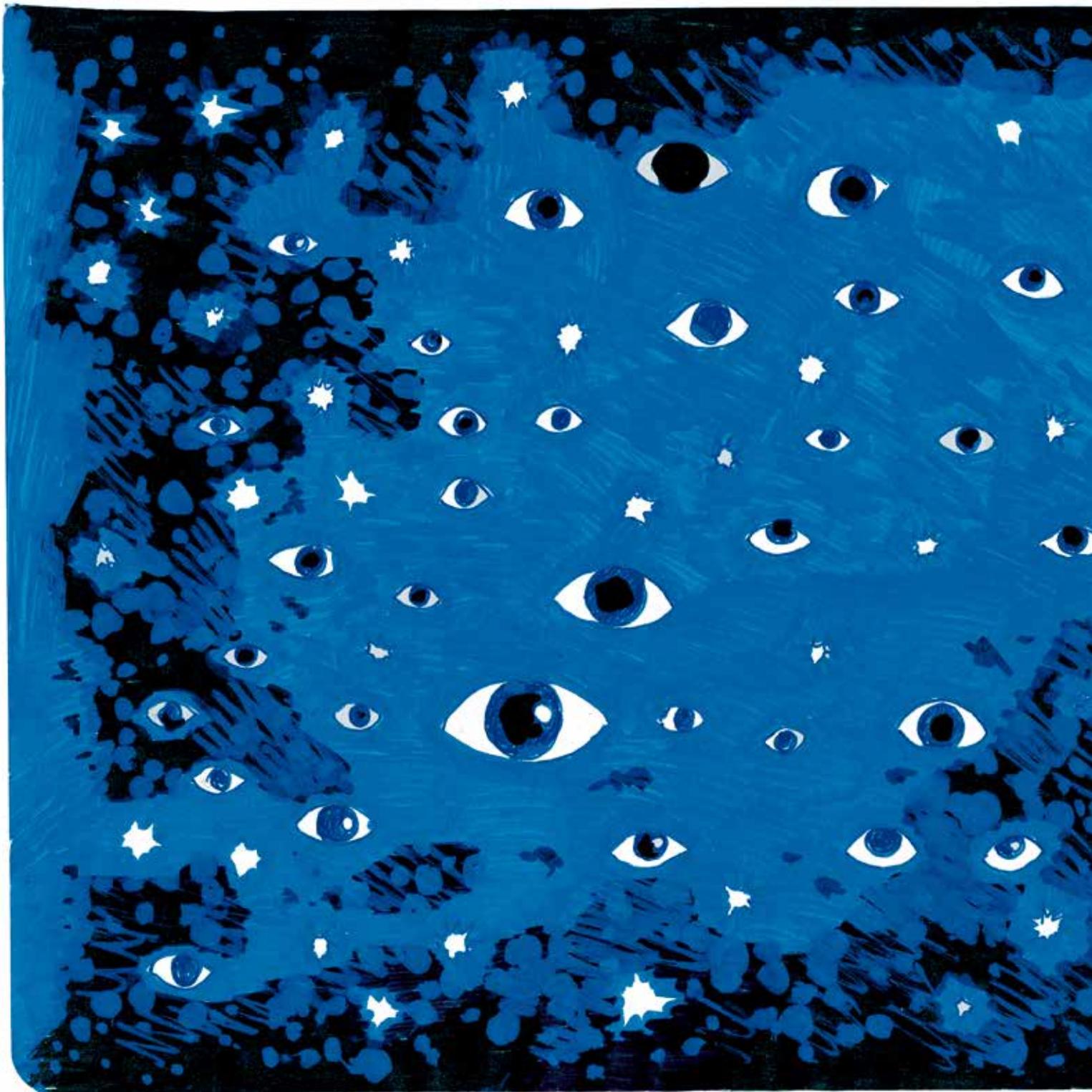


Entender el impacto de la tortura. ¿Qué es diferente aquí en relación a los relatos y experiencias de las víctimas de tortura de tantas dictaduras y guerras? Entender la diferencia no es un recurso intelectual, es una manera de pasar a la trastienda del dolor y poder documentar el impacto y compartir las confidencias.

El relato de la víctima siempre es presunto, lo vemos con sospecha. ¿Exagerará? ¿Tendrá buena memoria? ¿No distorsionará el tiempo? ¿No hay denuncia? Cada pregunta tiene su trocito de sospecha. Ese es un nuevo abismo entre la víctima de tortura y quien escucha. Entre ellas y yo. Entre ellas y tú.

Cada dolor es nuevo y hay que ponerse delante de él como si fuera la primera vez. Bachir dice que trata con personas que no tienen conciencia, moral, ni remordimientos. Y sin embargo son alguien como nosotros. Tienen especialidad en torturar, y eso se aprende. Asfixia con trapo con detergente; electricidad; colgamientos; palizas; falanga en la planta de los pies; todo eso se repite, una y otra vez. Las combinaciones llegan hasta hoy en día. No hay variación en los métodos, aunque varía el tiempo, el conocimiento y la denuncia. Pero a Bachir lo que más le golpea es el insulto. A él, y a tantos y tantas que entrevisto. El insulto con cosas que no se pueden repetir, que nunca has escuchado –dicen–. El insulto golpea la dignidad y no solo el cuerpo. La tortura está hecha para partirte en dos. Te salvas tú y muere tu conciencia. O ella vive y el que mueres eres tú. Son parte de lo mismo, no son una disyuntiva.







Un sueño

Desde la invasión marroquí, Bachir se despierta cada día pensando cómo sería su pueblo después de la independencia. En esa frontera de los sueños de la noche y del día, cuando las angustias y los quereres que vienen de lejos se anuncian con el sol. Tal vez un montón de sueños juntos, soñados a la vez, puedan hacer fuerza. Como una convicción colectiva que de repente vibra a una frecuencia que tira un muro.

–Nunca, desde la invasión marroquí, he dormido sin pensar cómo sería el pueblo saharauí después de la independencia.

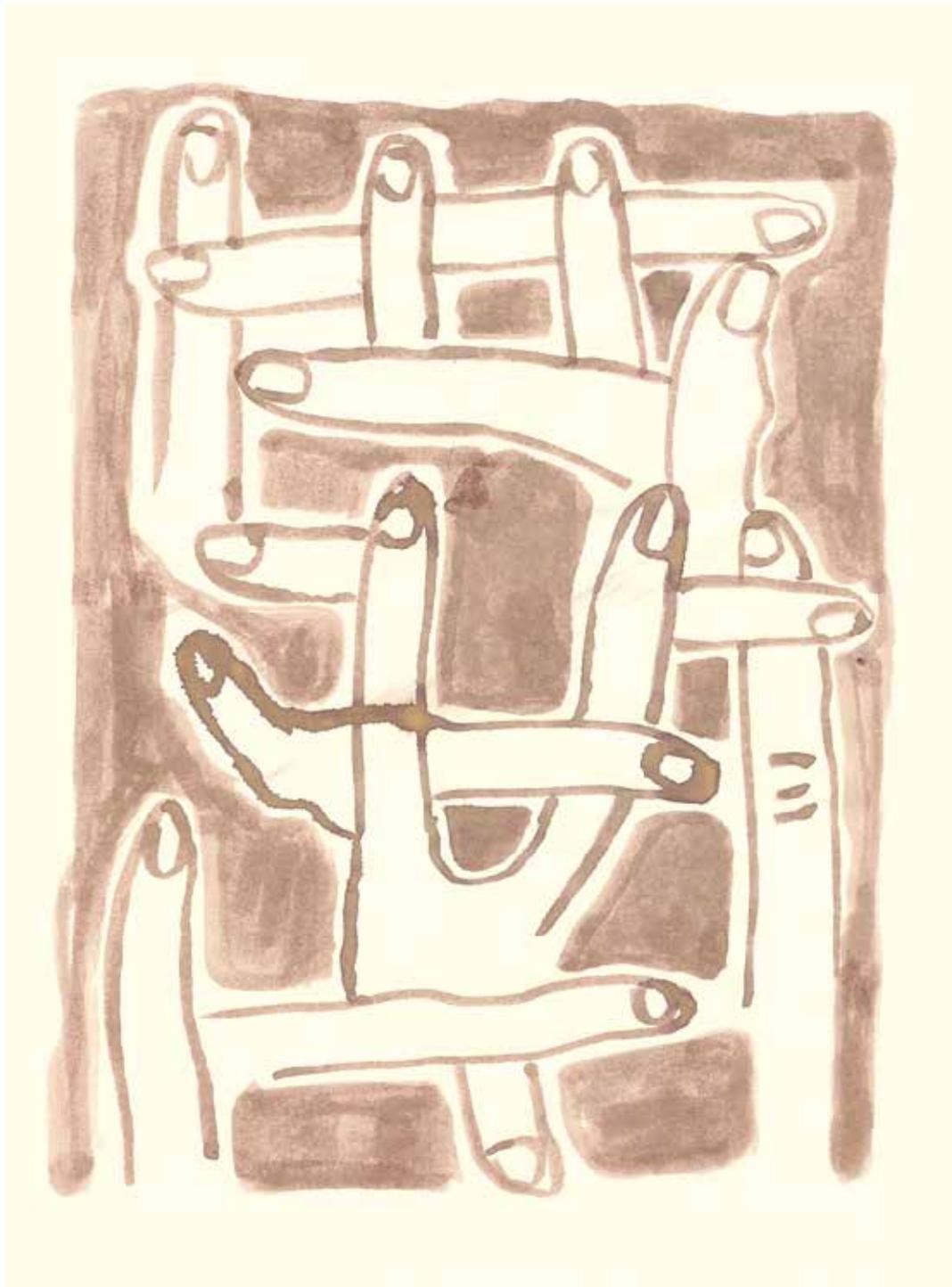
Bachir se despertó con un sueño y con una pregunta. «¿Será un pueblo democrático? ¿será rico? ¿todos los saharauís vivirán de una forma razonable, agradable? ¿se respetaría a sus vecinos?».

–Si hubiera independencia y hubiera un gobierno saharauí malo, ten por seguro que yo seré el primero en entrar en lucha con el gobierno y estaré todo el tiempo en la prisión.

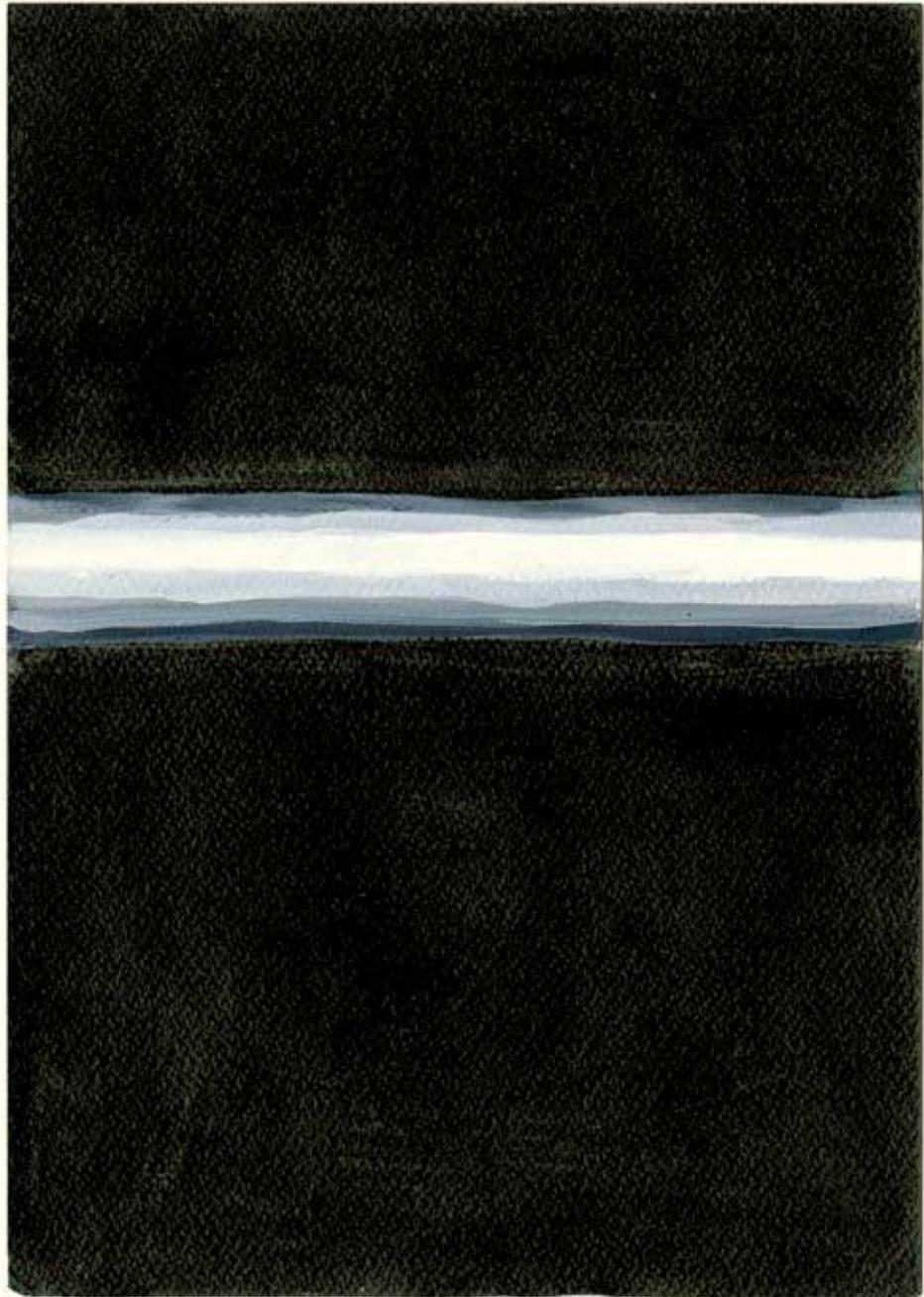
Preguntas sobre una injusticia que no es su destino

El cerebro no puede parar de pensar, el cerebro es como una máquina que siempre saca una pregunta para ti y tienes que encontrar una forma de respuesta para convencerte a ti mismo. ¿Por qué a ti? ¿Por qué no a otra gente? ¿Por qué no he nacido en otro continente, por qué habré sido saharai? ¿Por qué ha ocurrido este problema? ¿Por qué mi padre no ha ido al Frente Polisario con los combatientes? ¿Por qué no estuve en los campamentos de refugiados? Si voy a salir, ¿cuál es la manera? ¿Dónde está la gente que fue secuestrada antes? Si es mejor ser militante, si es mejor ser combatiente, si la gente está pensando en lo que me está pasando, si mi madre o padre van a aguantar, si llevan una vida normal porque son diabéticos, si mis hermanos siguen sus estudios. Si este problema va a tener solución. ¿Cuál es mi futuro? Si merece la pena pasar por todo esto. Tantas preguntas seguidas, sin espacio, tal vez son solo una.

Al salir, la ocupación se convirtió en una cárcel más grande. ¿Por qué naciste aquí? ¿Por qué tienes que luchar y luchar y seguir luchando? Sin ningún espacio, continuar como un burro así... pensando en si esto terminará un día... con tanto daño... no poder tener una vida normal... nunca puedes pensar en ti, no puedes hacer nada... El propósito de todo esto fue destruir la personalidad de la gente, destruir su dignidad, quitarle su humanidad, su capacidad de expresar, quitarle su iniciativa. Si te quitan el futuro lo pierdes todo.



Lahmadi fue torturado. Cuando salió de la detención y la tortura, lo llevaron ante el procurador del rey y ante el juez. Ese camino que han recorrido tantos y tantas saharauis. A estas alturas había perdido el miedo. No hay informe forense. Ningún médico supervisó el trato al detenido. El juez no pide informes de valoración. Tampoco quiere escuchar. Los intentos de Lahmadi por contar lo que le han hecho caen en el mismo saco roto desde hace décadas. Cuando ya perdió toda la esperanza de que le creyera, de que le escuchara, decidió que le mirara. Así, se desnudó. Ahí están sus cicatrices y sus golpes. Su brazo, del que borraron un tatuaje que decía un grito compartido: «Sáhara libre». Ya no tenía la venda de los ojos que tuvo durante la tortura. Ahora la venda la tenía el juez.



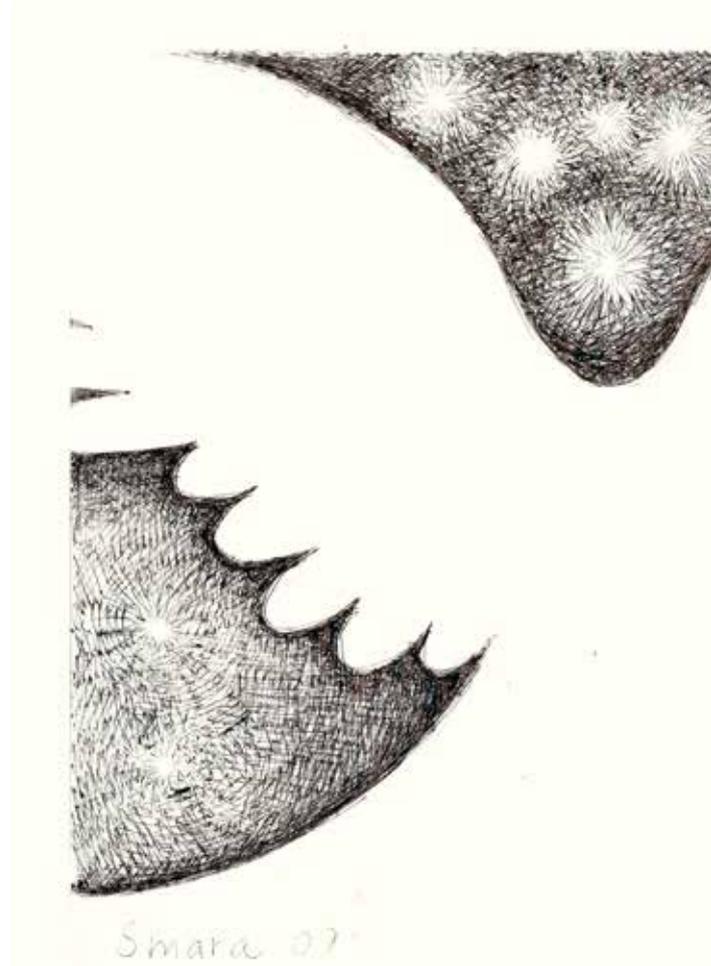
Los restos no son la identidad del desaparecido, son algo de lo que queda de nosotros cuando pasamos a ser del mundo de los que ya no están. Pero sus restos están aquí. Hablan cuando salen de la tierra, porque cuentan algunos de los secretos que otros quisieron ocultar para siempre. Los familiares de los desaparecidos saharauis, como tantos otros en tantos países, quieren saber la verdad. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Quiénes fueron los responsables? ¿Por qué? ¿Cuál fue su destino? Si fue enterrado, ¿dónde están sus restos? Que nos los den. Enterrarlo. Visitarlo. Una visión para el futuro. Durante veinticinco años, escucharon que sus familiares se habrían ido al Polisario, que estarían en Mauritania o en Tinduf. Después de 34 años, el Estado de Marruecos dijo que 207 nombres habían fallecido. De la mayoría dijo un lugar, aunque sabemos que, al menos en algunos casos, no es verdad. No dijo qué fue lo que pasó. Ni quienes fueron los responsables. Ni por qué. Ni cuál fue su destino. Ni dónde están los restos. Ni enterrarlos. Ni visitarlos. De otros 144 dijo que sabía su identidad pero no los nombró.

Pero tienen un sueño. En el Sáhara Occidental, una comisión independiente investiga los casos, visita los lugares. Exhuma las fosas. Identifica los restos. Los devuelve a sus familiares. Les explica lo que pasó. Los familiares pueden hacer sus ceremonias, su proceso, incluyendo su memoria de los que ya no están y la sanción a los responsables. Aceptar la pérdida como definitiva e, inmediatamente, abrazarlos porque están con ellos.



Historias de paciencia

Tres generaciones vienen de la mano. La de quienes eran mayores y sufrieron los bombardeos y el exilio en 1975 y 1976. La de quienes eran pequeños y apenas se acuerdan, pero nacieron en otra tierra y fueron creciendo, mientras al otro lado, los niños y niñas se hacían grandes en el territorio del miedo. Cuando se movilizaron con pancartas y panfletos fueron de nuevo detenidos: en 1987 y en 1992. La siguiente generación salió a la calle en 1999, y sobre todo en 2005. Además de a la calle salieron a internet. Apenas con quince años empezaron a sacudirse el miedo, mientras sus hermanos del refugio salían a estudiar en territorios que les ofrecieron las oportunidades que no tenían. La represión tiene siempre el objetivo de controlar el tiempo. Una y otra vez, como olas de gente con una misma demanda. Hace veinte años que hay una Misión de Naciones Unidas en el Sáhara. Los tórridos veranos han llegado una y otra vez. Los ciclos de negociaciones. Un pueblo que vive veinte años de prórroga y espera. Otros niños y niñas nacen y crecen. Van de vacaciones a Europa. Gente que emigra. Un país en otro éxodo. Los obstáculos, todos, para que los saharauis puedan decidir. El pueblo de la paciencia.





فیگو

En 2005 Aminatou Haidar fue de nuevo detenida y torturada. Su hijo tenía nueve años y esperaba en casa para una fiesta de fin de curso que pasó llorando por su madre. La resistencia pacífica sigue su camino, pero cada vez más se preguntan hasta cuándo. Mientras el mundo de los poderosos no escucha, y luego juzga y mata. Los jóvenes no conocen la guerra, pero sí conocen el cansancio. El poder siempre apuesta a que te canses y a que te creas la impotencia.

–Esta nueva generación, la de los hijos, ya no cree en la resistencia pacífica. Están ejerciendo presión sobre nosotros diciendo que la resistencia sin violencia no va a llevarnos a nada. Estamos dedicando mucho tiempo para que siga siendo pacífica la resistencia, pero ¿hasta cuándo? Esta es una preocupación como activistas. Estamos reivindicando que la MINURSO amplíe sus competencias para proteger, vigilar y controlar el respeto a los derechos humanos de nuestros hijos, que son nuestro futuro, y para prevenir una resistencia violenta.

Tinduf. Abril , 2013

La sala se llena en el tiempo que no tiene prisa. Mientras las presentaciones se dan, como una presencia compartida, el *Oasis de la Memoria* vuelve a donde nació. Surgido de dolores tantos años guardados, como un torrente suave, como una humedad milagrosa en el desierto, el informe viene con su diálogo de historias, sus pedazos de memorias rotas que hacen ahora un puzle colectivo. A diferencia de los puzles, en este caso cada trocito tiene una imagen y su sentido. Puede verse solo, con la profundidad de cada trazo que es ya un todo. Aunque prefiere el diálogo de pueblo. Así, pasa a ser uno, una y un abrazo.

La gente escucha hoy que hablamos en Rabuni, donde llegaron las víctimas de bombardeos hace ahora treinta y siete años y treinta y siete días, y que se convirtieron desde entonces en refugiados. Ese despojo y su estatus de derechos convertido en olvido. Como si fueran un accidente de la historia, un fleco de la geopolítica que domina sobre la vida de la gente.

Esta mañana en que el viento de la noche se paró para dar su espacio a la palabra. Para celebrar un nuevo tiempo con el oasis que nació, aunque siempre estuvo ahí. Un antes y un después, dice la gente. Tal vez el viento sea esa esperanza que nos devuelve la realidad en el rostro, así fresco, esta mañana.



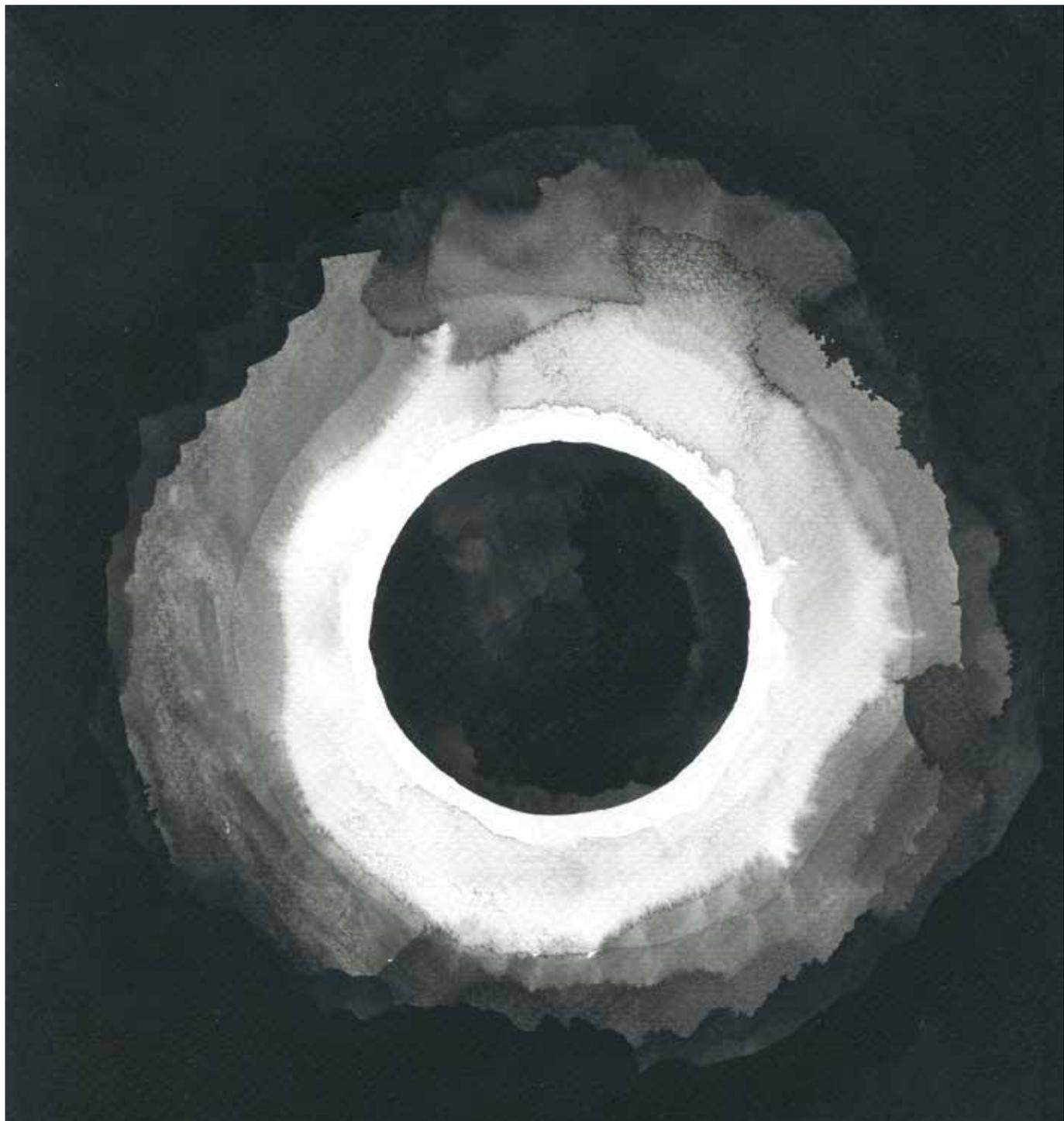
El año de la distribución del trigo nació Fatimetu. Los años entonces no tenían número sino acontecimiento. El 76 fue aquel año del horror en que Sidi Salec fue detenido y luego desaparecido. El viejo padre tiene noventa años y los ojos pintados de azul, en esta jaima que siempre es un territorio amable en medio del desierto. Tiene una mente clara y esa conciencia colectiva de lo que enfrentan los saharauis. También la tiene para sus pérdidas:

–Me privaron de la alegría de que mi hijo pudiera tener su propia familia.

Escucho y trato de seguir el viaje de esa pérdida, como una estela que nos lleva a las cosas invisibles después de pasar por las evidentes.

Para acabar la vida, también mataron sus 5 camellos, 100 cabras y 200 ovejas.

En El Aaiún, el tío de Sidi hizo una denuncia ante la IER. Entonces la institución le mandó una carta que llegó hasta este refugio, diciendo que si querían indemnización tenían que ir a la zona ocupada por Marruecos. La IER tenía bajo su mandato investigar el exilio, pero ningún exiliado saharauí fue reconocido porque el refugio de Tinduf –en la representación del mundo según el estado marroquí– no existe. El exilio solo existe para hacer propaganda contra los refugiados o el Polisario. La IER reconoció así su muerte, pero no la responsabilidad del Estado. No sé qué nombre tendrá este año 2013 en que encontramos los restos de su hijo. El año de su nacimiento fue el del eclipse.



El testigo Aba Ali mira con ojos enrojecidos de tantas veces que se los ha frotado en la vida desde aquel 12 de febrero de 1976. Tenía trece años. Había un gran operativo en la zona de Amgala. Más de cien vehículos y ametralladoras, aunque no había tanques. Varios beduinos habían sido detenidos. El militar que los detuvo, llamó primero a Moulud. Le preguntó por el Polisario. Moulud que era un pastor de camellos, le respondió que no sabía. Después del no, el militar le disparó en el pecho. Entonces llamó a Abdalahe. Le pidió el DNI. Se lo devolvió y le hizo la misma pregunta. Después del no, sin más palabras, le disparó en la cabeza. El testigo huyó corriendo. El soldado que lo capturó, le dijo: «di viva el rey». Así el muchacho salvó la vida. Después, pasó la noche en un camión tapado por una manta. Amarrado como estaba, con los dientes hizo como roedor un agujero por donde podía ver. Por la noche escuchó diecisiete disparos, los contó.

Hoy llegamos al mismo lugar, treinta y siete años después. Desde entonces no ha vuelto, pero reconoce el sitio. Aquí sentados, volvemos a aquellos días. Tiene una memoria de camello. El camello siempre sabe volver a donde tomó agua la primera vez y recuerda a la gente que le ha hecho mal. A nuestra espalda, a 25 metros, hay una fosa.

Una exhumación es un lugar donde se encuentran dos mundos que parecen excluyentes. Como continuidades en un solo sentido. El mundo de los vivos, donde aprendemos a escuchar el dolor, el miedo y el sentido. El de los muertos es un mundo que solo te habla si sabes escucharlo. Ese hueso blanqueado por el sol. Esa fractura *perimortem*. Aquel orificio de salida. La precisión de la prueba y el temblor del latido se juntan en esa orilla de dos mundos que es una fosa. Con el pincel acaricias los restos para desprenderlos de su abrigo de arena. A cada paso buscas las explicaciones, y te responden los detalles en silencio.



Retratos entre palabras

Los especialistas en cejas, orejas, color y rasgos de los ojos suelen ser agentes de inteligencia, entrenados para identificar sospechosos o seguir objetivos. La policía también tiene programas de retratos robot, que prueban a cambiar los rasgos de la nariz o el pelo, como se cambia de camisa o pantalón.

Para nosotros, en cambio, los detalles son un ejercicio de presencia y de memoria. Por eso son hablados. Las memorias se construyen en un diálogo. Estamos juntos, hablamos de él, de ella. Lo que le gustaba. Su edad. Su comida favorita. Alrededor de la familia, en esta jaima, los cuentos de la vida. Hay varios bocetos que van saliendo en este ir y venir de palabras y de trazos.

Muchos desaparecidos saharauis no tienen siquiera foto. Hamadi y su madre enterraron las fotos en el patio de la casa. Otros las quemaron después de la invasión, por si acaso. O simplemente no hubo medios, ni tiempo en la huida. Los dibujos ocupan el lugar de esa presencia. Algunas veces, los retratos aciertan ahí al lado: a él no se parece, pero es igualito a su hermano. Otras, son todo lágrimas al verlo. Alguien llega con su cámara, para hacer una foto del dibujo que trajo los recuerdos. Otro es un puzle, la nariz de este, pero los ojos de aquel. Aunque todos tienen su milagro:

–Si no se parece a nuestro padre, puede parecerse a otro.

Así, los desaparecidos, vuelven entre nosotros y dejan de ser los desconocidos.



Ensayo de libertad

Los saharauis preparan el futuro. La cultura y la política andan de la mano en este lugar oscuro del mundo, donde la resistencia tiene teatro y palabra. Estamos a mediados de 1991. Quince años después de estar desaparecidos, ya piensan que los que sobrevivieron saldrán vivos y diseñan los pasos de lo que siempre quisieron. Al fin y al cabo, por eso están aquí. Cómo serán las urnas para votar. La fila de gente esperando. Esa esquina es Dajla. Aquella El Aaiún. Bojador. Se preparan las papeletas. Los presos y presas hacen, con el teatro, el trabajo de la paz. La palabra, en vez de las armas o el miedo, decidirá su futuro.

Con esa esperanza salen, antes de encontrarse que su tierra se ha convertido en una cárcel más grande. Con el mismo anhelo se creó entonces la MINURSO. Pero Naciones Unidas ha sido incapaz de poner en marcha lo que los detenidos desaparecidos ya habían diseñado. En el centro clandestino de Kalaat M'gouna, donde todo estaba prohibido, se hizo el único referéndum de autodeterminación realizado hasta ahora. No necesitaron resoluciones de Naciones Unidas, siempre incumplidas. Solo la voluntad. La expresión de una libertad que aún hoy en día espera, empuja y defiende la vida.



Glosario

El Oasis de la Memoria. Estudio basado en 261 casos de violaciones de derechos humanos a víctimas saharauis de desaparición forzada, bombardeos, detenciones arbitrarias, torturas y violencia sexual. Incluye una agenda de transformación del conflicto basada en las demandas de verdad, justicia y reparación como base para la salida política. <http://publicaciones.hegoa.ehu.es/publications/281>

AFAPREDESA. Asociación de Familiares de Presos y Desaparecidos Saharauis. Otras asociaciones en el Sáhara Occidental que facilitaron la toma de testimonios fueron ASVDH, CODESA y CODAPSO que hasta la fecha no tienen reconocido estatus legal en su propia tierra.

Um Dreiga. Lugar donde se instalaron dos campamentos de población civil saharauí, que huyó para protegerse en el desierto a finales de 1975. El 20 de febrero de 1976 fue bombardeado por la aviación marroquí provocando al menos 45 muertos y 86 heridos, la mayoría mujeres y niños. Numerosos restos de personas mutiladas fueron enterrados en fosas. El lugar quedó en el otro lado del muro construido por Marruecos, siendo inaccesible para los familiares de las víctimas que huyeron a los campamentos de Tinduf.

El Uali. Primer y carismático líder de la recién proclamada RASD en febrero de 1976, muerto en combate con el ejército mauritano el 9 de junio de 1976.

Audiencia Nacional y demanda por genocidio. Tribunal español en el que hay presentada una denuncia por genocidio contra responsables militares y policiales marroquíes. Algunas víctimas, familiares de

desaparecidos o personas detenidas en centros clandestinos han presentado sus testimonios como parte de dicha demanda.

Hariz El Harbi y Brabim Bensami. Conocidos miembros de los servicios de seguridad marroquíes, presentes en torturas de numerosos detenidos desde la década de los años setenta y ochenta. En el año 2011, El Harbi era gobernador de Dajla y Bensami director de Instituciones Penitenciarias de Marruecos.

PCCMI. Policía Móvil de Intervención Rápida. Custodiaba centros clandestinos especialmente en El Aaiún, en la sede de un antiguo cuartel militar del ejército español.

BIR. Batallón de Intervención Rápida. Cuartel situado en la playa de El Aaiún donde fueron llevados los detenidos del *caso de 1987*, y donde Mohamed Ayach murió por las torturas tras una semana de agonía.

Agdez. Centro clandestino de detención en territorio marroquí, donde murió el mayor número de presos y presas saharauis en condiciones de hambruna y malos tratos.

POLISARIO. Frente Popular de Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro.

Fuerzas auxiliares. Fuerzas de carácter paramilitar encargadas de acompañar al ejército en los operativos militares. Posteriormente, dichas fuerzas custodiaron varios centros clandestinos de detención. En los últimos años, también han sido empleadas como antidisturbios en manifestaciones.

Lemsayed. Cuartel del ejército marroquí cerca de Tan Tan. En sus proximidades hubo dos fosas donde, a finales de 1975, fueron interrogadas, muertas en torturas y sepultadas numerosas personas acusadas de ser del Polisario. El informe de la IER reconoce algunas de estas muertes pero Marruecos no ha reconocido los hechos, ni la existencia de estas fosas.

Rebeyeb. Zona cercana a Smara, en cuyo cuartel de la Gendarmería fueron detenidas estas mujeres y numerosos hombres en 1976. Muchos de ellos permanecen desaparecidos.

Melhfa. Vestido tradicional de las mujeres saharauis consistente en una amplia y vistosa tela con la que se envuelven desde la cabeza a los pies.

La gallina, el pollo, el avión. Técnicas de tortura consistentes en colgar a la persona detenida con sistemas de barras y cuerdas, hasta provocarle dolores insufribles en brazos, columna y piernas. Deja secuelas importantes en las articulaciones.

Falanga. Técnica de tortura utilizada por numerosas dictaduras, especialmente usada por el régimen turco en los años ochenta, consistente en golpear la planta de los pies con una porra. Produce un enorme dolor en los pies, lesiones inflamatorias muy dolorosas y riesgo de gangrena.

Cachorros de Hassan II. O también *Leoncitos de Hassan.* Se refiere a los jóvenes saharauis de entre 17 y 29 años que en 1988 fueron sacados del Sáhara Occidental y dispersados en diferentes ciudades de Marruecos para trabajar como funcionarios del gobierno marroquí. Se calcula que unos 8.000 jóvenes estuvieron fuera del Sáhara por esta razón durante

meses o años, como parte de una estrategia de aculturación forzada que trataba de cambiar las condiciones demográficas y favorecer una reintegración forzosa.

Haj (jax). Hombre musulmán que ha realizado la peregrinación a la Meca, considerado como una persona digna y de respeto. Torturadores de varios centros clandestinos obligaron a sus víctimas, como parte de la tortura, a que se refirieran a ellos como Haj.

Kalaat M'gouna. Centro clandestino de detención en un antiguo cuartel del ejército francés en la zona de Ouarzazet, región turística conocida por el cultivo de flores. En dicho centro fue concentrada la mayor parte de los detenidos y detenidas saharauis en condición de desaparecidos entre 1976 y 1991.

MINURSO. Misión de Naciones Unidas para la Realización del Referéndum en el Sáhara Occidental. Después de 22 años de su constitución sigue sin realizarse dicho referéndum debido a la oposición del régimen marroquí. Sus misiones han sido prorrogadas temporalmente desde entonces.

Paulo Freire. Reconocido pedagogo brasileño que criticó la educación como la posesión de conocimientos y su transmisión unidireccional, señalando dicho modelo dominante en la educación como educación bancaria. Basándose en ideas de una pedagogía crítica hizo grandes aportes a una educación liberadora, basada en la experiencia, la toma de conciencia crítica de la realidad y su apoyo a la transformación colectiva.

Bloque 6. El centro clandestino de Kalaat M'gouna estaba dividido en diversos bloques donde los de-

tenidos fueron mantenidos aislados unos de otros. Por ejemplo, el bloque de los detenidos en 1976, el bloque de los detenidos en 1980 y así sucesivamente. Los detenidos en distintos bloques no podían comunicarse entre sí.

Rosario musulmán. Rosario de 99, 100 ó 101 cuentas según sea de hombre o mujer, que se usa en la religión musulmana pasándolas entre los dedos mientras se reza.

Plan de Autonomía. Plan presentado por Marruecos a partir de 1999 para evitar que siguiera hablándose de un referéndum de autodeterminación que —siguiendo las resoluciones de NNUU desde 1973— consultase a la población saharauí sobre el estatus de su territorio. Las movilizaciones sucesivas llevaron a lo que se conoce como la *Intifada de 2005*, que dieron a conocer, en el ámbito internacional, lo que estaba pasando en el Sáhara Occidental.

IER. Instancia de Equidad y Reconciliación. Comisión de investigación creada por Marruecos entre 2004 y 2006 cuyo mandato era investigar las violaciones de derechos humanos cometidas por el régimen. No incluye un análisis específico de las violaciones contra la población saharauí; el Sáhara es citado como «las provincias del sur». Durante su mandato fueron prohibidas las organizaciones de DDHH saharauí. El Consejo Consultivo de Derechos Humanos, como seguimiento a la IER, publicó en internet en diciembre de 2010 un listado con los nombres de 207 personas que da por muertas. Dichas respuestas son parciales y fragmentarias, sin dar detalles sobre los hechos limitándose a decir que murieron «debido a

las condiciones». En varios de los casos las informaciones proporcionadas en dicho listado se han demostrado falsas. Cerca de 400 saharauí continúan todavía desaparecidos.

RASD. República Árabe Saharaui Democrática.

ACNUR. Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados. En el año 2006 puso en marcha un programa de visitas en los campamentos de refugiados en Tinduf y en el Sáhara Occidental bajo control marroquí, consistente en visitas de cinco días. Muchas familias que quedaron divididas no se han visto en más de 30 años.

Gdem Izik. Campamento creado el 20 octubre de 2010 en las afueras de El Aaiún como una forma de protesta pacífica para evitar la represión y la interferencia con la vida cotidiana. Fue un espacio de autoorganización de diferentes sectores sociales que demandaban derechos como vivienda o trabajo, y que acogió a unas 20.000 personas. El 8 de noviembre, cuando se había logrado un acuerdo para una salida al mismo, fue desmantelado por fuerzas militares y policiales marroquíes. Tres saharauí y once policías resultaron muertos en ese proceso. Cientos de saharauí fueron detenidos y torturados las semanas siguientes. 24 de ellos fueron juzgados en un proceso militar y condenados a penas de entre 10 años y cadena perpetua.

Periódico de acusaciones. Expresión saharauí que señala una lista interminable, una multitud de acusaciones. En muchos casos, los detenidos saharauí han sido acusados de 8 ó 10 cargos diferentes.

Procurador del Rey. Figura asimilable al fiscal, ante la que se ponen las denuncias de violaciones de dere-

chos humanos. Habitualmente, hasta la fecha, dichas denuncias no son investigadas y no se han llevado procesos contra los responsables.

DNI. Documento Nacional de Identidad español.

Meberis-Angala. Región del Sáhara Occidental que se encuentra en el lado saharauí del muro construido por Marruecos, en los denominados territorios liberados. Lugar donde fueron encontrados los primeros desaparecidos saharauíes después de 37 años. Se trata de ocho personas, incluyendo dos niños, desaparecidos en 1976. Fueron encontrados en dos fosas comunes con signos de muerte violenta. El testigo presencial Aba Ali declaró cómo dos de ellos fueron ejecutados



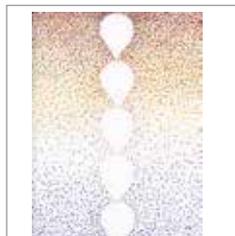
Federico Guzmán



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Alonso Gil



Alonso Gil



Alonso Gil



Federico Guzmán



Alonso Gil



Federico Guzmán



Alonso Gil



Alonso Gil



Federico Guzmán



Alonso Gil



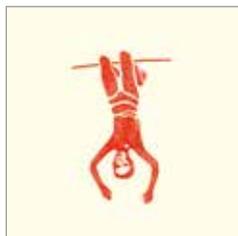
Alonso Gil



Alonso Gil



Alonso Gil



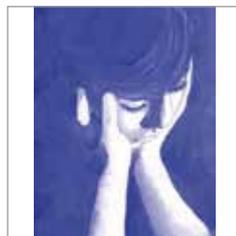
Alonso Gil



Alonso Gil



Alonso Gil



Federico Guzmán



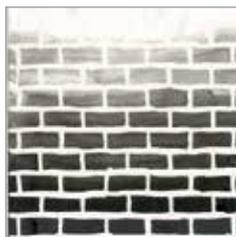
Federico Guzmán



Federico Guzmán



Alonso Gil



Federico Guzmán



Alonso Gil



Federico Guzmán



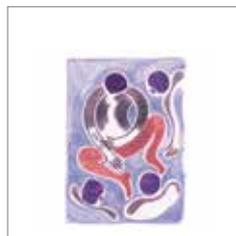
Alonso Gil



Alonso Gil



Federico Guzmán



Alonso Gil



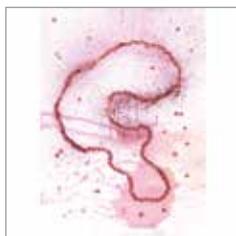
Alonso Gil



Alonso Gil



Federico Guzmán



Alonso Gil



Alonso Gil



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Alonso Gil



Federico Guzmán



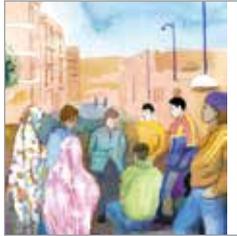
Enric Gonyalons



Federico Guzmán



Alonso Gil



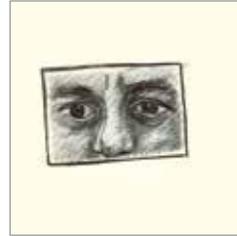
Federico Guzmán



Federico Guzmán



Federico Guzmán



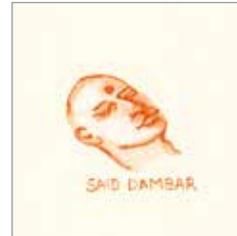
Alonso Gil



Federico Guzmán



Alonso Gil



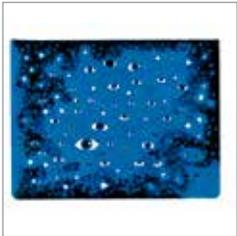
Alonso Gil



Alonso Gil



Alonso Gil



Federico Guzmán



Alonso Gil



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Federico Guzmán



Alonso Gil



Federico Guzmán



Alonso Gil

Las historias y dibujos de este libro nacieron en un proceso de investigación sobre las violaciones de derechos humanos en el Sáhara Occidental y forman parte de los testimonios recogidos en «El Oasis de la Memoria».

Desde el éxodo al desierto, a los bombardeos de la población civil de 1976. Del pillaje de los camellos y las jaimas, a las desapariciones forzadas y los centros clandestinos de detención. De la tortura y las detenciones arbitrarias, al tiempo que pasa resistiendo al olvido. Al lado de todas estas violaciones de derechos humanos hay historias escondidas que tienen nombre, rostro y latido. En estas páginas, las mujeres y hombres saharauis dan lecciones de sabiduría y de coraje. Historias del refugio y de la paciencia, tejidas con dibujos que las abrazan, las acarician o las gritan. Algunos dibujos fueron realizados mientras se tomaban los testimonios; otros nacieron del diálogo con las voces y reflexiones de la gente. Ese diálogo es también una invitación a las personas que lo comparten ahora. A usted. A ti.

